

Brigitte

EN ACCION

Lou Carrigan

Cuenta clave

La Tesorería de los Estados Unidos recibe un mensaje en el que se le exige la entrega de tres mil millones de dólares si quiere evitar que el país entero se vea inmerso en una serie de enormes desgracias, empezando por la voladura con explosivos de media docena de escuelas infantiles, una de las cuales ya ha sido volada, como ejemplo de lo que puede suceder en adelante… ¿Qué puede hacer la Casa Blanca salvo autorizar ese pago en una cuenta clave determinada de un banco de Suiza? Así pues, se efectúa el pago en las condiciones exigidas…, y a partir de ese momento todo queda en manos de la agente «Baby», que una vez más afronta una misión de alto riesgo, no para ella personalmente, sino para todos los habitantes de USA.



Lou Carrigan

Cuenta clave

Brigitte en acción - 486

ePub r1.2
Titivillus 27.10.2020

Lou Carrigan, 1991
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1




Brigitte
EN ACCION



Capítulo primero

—Usted dirá lo que quiera, señorita —exclamó finalmente Peggy—, pero yo sigo pensando que no hay necesidad de estar al corriente de todo lo que pasa en el mundo. ¡Para lo que hay que ver en este mundo…!

—En cierto modo tienes razón —admitió Brigitte—, pero tampoco se trata de hacer como los avestruces, es decir, esconder la cabeza bajo tierra cuando algo nos atemoriza o disgusta.

—No sé, no sé… ¡Yo creo que los avestruces tienen su buena parte de razón! Y es un buen sistema, ese de esconder la cabeza bajo tierra.

—Quizá lo sea —casi rió Brigitte Montfort, la bellísima—, pero en nuestras condiciones de vida me parece que lo tendríamos bastante difícil si quisiéramos imitar a los avestruces. ¿Cómo podríamos meter la cabeza bajo tierra en este apartamento?

—¡De alguna manera lo arreglaríamos!

—Me parece que sí, que encontrarías una solución —reflexionó Brigitte—, y acabarías por poder esconder la cabeza bajo las baldosas del piso. Pero sigo pensando que hay que estar al corriente de las realidades de la vida. Y no cabe duda que la televisión es hoy día el medio más… expresivo para ponerlas a nuestro alcance. Nos gusten o no, las realidades existen, Peggy.

—Ya lo sé… Pero mire lo que ha pasado con esa explosión de gas en esa pequeña localidad de Georgia llamada Tallulah Falls: si la explosión hubiera sido un poco más fuerte habría afectado el grupo escolar de la población, donde suele haber diariamente más de cien niños.

—Pero a los niños no les habría ocurrido nada, porque la explosión se ha producido durante la noche —recordó Brigitte—. Y durante la noche, los niños están durmiendo en sus casas, no asistiendo a la escuela.

—Sí, pero si la explosión se hubiera producido de día esos cien niños se habrían llevado un susto terrible.

—Eso sí —admitió Brigitte—. Querida, tienes que acostumbrarte a ver el lado bueno de las cosas, digamos la parte positiva. La parte negativa de esa noticia concretamente es que, evidentemente, las conducciones del gas estaban en muy mal estado, y entre eso y cualquier accidente se ha producido la explosión. La parte positiva es que se ha producido de noche, es decir, cuando los niños de la escuela cercana estaban en sus casas, y que, claro está, ahora tendrán que reparar toda la conducción de gas, con lo que ya no se volverán a producir explosiones, ni de noche ni de día, así que los niños han quedado definitivamente fuera de peligro y de sustos.

—Como siempre, acabará usted por convencerme —refunfuñó Peggy—… Pero sigo pensando que en el mundo ocurren demasiadas cosas malas, y que enterarnos de ellas no nos beneficia ni mental ni espiritualmente.

—Zambomba —abrió mucho los ojos Brigitte—, ¡qué parrafada filosófica, querida!

—¿Acaso no tengo razón?

Brigitte frunció el ceño, y volvió de nuevo la mirada hacia el televisor instalado en la cocina de su apartamento, donde se hallaba en aquellos momentos, desayunando en compañía de Peggy, su fiel ama de llaves durante tanto tiempo. En la pantalla seguían reflejándose las noticias de las últimas horas en todo el mundo. Ni siquiera eran las nueve de la mañana, y ya comenzaba el bombardeo informativo a todos los niveles: noticias locales, estatales, nacionales, continentales, mundiales…

Noticias, noticias, noticias… Noticias de todo el mundo. Noticias buenas y malas, sorprendentes unas, increíbles otras, las más de ellas inquietantes, no pocas indignantes… Noticias de todo el mundo y de todas clases. Pero, realmente, ¡qué pocas noticias buenas se producían!

Sí, esto era chocante: las buenas noticias no eran noticia. Chocante en verdad. Por ejemplo, la noticia de la explosión de gas aquella noche en las proximidades del grupo escolar de la localidad de Georgia llamada Tallulah Falls, tenía interés, ya que de haberse producido de día habría, cuando menos, asustado a los cien niños escolares, y no poco, pues la onda expansiva incluso había roto casi

todos los cristales de las ventanas del grupo escolar.

Esto era noticia. Tenía morbo, tenía riesgo. En cambio, no era noticia que el señor y la señora Mc Guillicudy fuesen felices viviendo su amor y gozando de excelente salud. Ahora bien, si al señor Mc Guillicudy le cortaba las piernas un tren, inmediatamente se convertía en noticia.

Chocante.

Brigitte movió la cabeza, y regresó su azul mirada hacia Peggy.

—Tienes tu parte de razón —admitió—, porque la verdad es que hay noticias que producen inquietud, ira, frustración, y otros variados estados de ánimo que no siempre son buenos. Generalmente, las noticias nos hacen reaccionar digamos de modo negativo, y eso, en efecto, no es bueno ni para la mente ni para el espíritu.

—O sea, que es más feliz la gente que no se entera de nada.

—Quizá sean más felices —movió de nuevo la cabeza Brigitte—, pero lo cierto es que yo no puedo permitirme el lujo de ser feliz a cambio de permanecer ignorante de lo que ocurre en el mundo.

—Bueno, pero está justificado que usted se interese por las noticias, ya que es periodista. Pero yo no soy periodista, así que… ¿qué necesidad tengo de enterarme de tantas cosas desagradables que pasan en el mundo? ¡Y si al menos pudiera hacer algo para ponerles remedio, como hace usted cuando se convierte en espía…! Pero yo, pobre de mí, ¿qué puedo hacer?

—Yo diría que siempre se puede hacer algo, pero la verdad, en tu caso no se me ocurre nada, en este momento.

—Pues si se le ocurre, me lo dice. Porque yo también quisiera poder hacer algo… Siempre me acuerdo de aquella frase del presidente Kennedy: «No te preguntes qué puede hacer tu patria por ti; pregúntate qué puedes hacer tú por tu patria».

—El señor Kennedy no dijo eso, querida… Quiero decir que no lo inventó él. Esa frase es del poeta Khalil Gibran.

—¡Pero qué dice usted…! ¿Quiere decir que no fue el señor Kennedy quien inventó esa frase tan bonita?

—Lo siento, pero no —rió Brigitte—. Ya te digo que fue el poeta Khalil Gibran. Pero en fin, eso ya no es actualidad. La actualidad consiste en que tú querrías hacer algo por tus semejantes, pero no sabes qué. Nos pondremos a pensar en ello, y ya verás como

encontramos algo. Mientras tanto… Deja, ya contesto yo.

Había sonado el teléfono, y Peggy hizo un gesto para atenderlo, pero Brigitte descolgó el auricular, simplemente estirando el brazo hacia el aparato que había en una esquina de la alargada mesa de la magnífica cocina.

—¿Sí?

—¿…?

—Ah, señor Pitzer, buenos días —sonó festivamente la voz de Brigitte, pero mostrando ésta un súbito gesto de preocupación—… ¿Cómo está mi florista favorito?

—…

—¿De veras? ¡Eso es magnífico…! Con gusto pasaré por su floristería esta misma mañana para examinar esos rosales, pero no sé si será conveniente adquirir algunos para mi terraza… Hace tiempo que la tengo bastante descuidada…

—¡…!

—Desde luego, tiene usted razón: las terrazas son para disfrutar de ellas, y por tanto deben estar adornadas con flores y plantas, especialmente en una ciudad como la nuestra. Sin embargo, quiero recordarle que tengo delante mismo de mi apartamento todo el Central Park, de modo que mis ansias de contemplar verdor y espacio abierto se ven razonablemente cumplidas.

—¿…?

—Ah, sí, sí, eso es otra cosa. Pierda cuidado: estaré ahí dentro de una hora aproximadamente. Hasta entonces, señor Pitzer.

Colgó.

Peggy, que la miraba con su clásica y casi cómica expresión de sobresalto, se interesó:

—¿Ha ocurrido algo malo? ¡Cuando el señor Pitzer la llama…!

—Sí, desde luego no es a la periodista Brigitte Montfort a quien necesita, sino a la espía «Baby» —murmuró Brigitte—… Y por supuesto no me ha llamado para decirme que tiene hermosos rosales para venderme, sino para algo relacionado con el espionaje… Pero no, no se trata de que hayan matado a ninguno de mis Simones, al menos en esta ocasión.

—¡Pero algo malo debe de estar ocurriendo en alguna parte, cuando el señor Pitzer la llama a usted!

—Sí, algo malo está ocurriendo en alguna parte…

—¿Se ha enterado de esa explosión de gas en…? —empezó Pitzer.

—Sí. En Tallulah Falls, Georgia.

—¡Ésa! Pues no ha sido tal explosión de gas, ni ha sido accidental… Ha sido la explosión de una carga explosiva colocada por unos… chiflados. Me han pasado toda la información desde la Central, para que la ponga a usted al corriente.

—Muy bien, póngame al corriente.

Charles Alan Pitzer, jefe del Sector New York de la CIA, asintió, y procedió a apretar el tabaco en la cazoleta de su pipa, observado cariñosamente por la sin par agente Baby.

El tiempo pasa. Pitzer, audaz espía en activo muchos años atrás, y luego reclutador y jefe de espías, se iba haciendo viejo…, pero seguía en la brecha, seguía en activo. ¿Por qué? Porque se sentía responsable de haber introducido en el mundo del espionaje a la mejor agente secreto jamás habida en el mundo entero: Brigitte Baby Montfort. Se sentía tan responsable que había decidido no retirarse jamás del servicio mientras no lo hiciera también su mejor pupila: la agente Baby. Era como si al permanecer él en activo la protegiera de alguna manera.

Cosa que tenía su gracia, pues a lo largo de tanto tiempo la agente Baby había demostrado que no necesitaba que nadie la protegiese, que se bastaba ella sola para afrontar cualquier contingencia de la vida.

—O sea —dijo de pronto Pitzer, tras expeler una densa bocanada de humo—, que no se han cargado cien niños por casualidad. Digamos que esos cien niños han tenido una suerte… premeditada.

—No comprendo.

—La Tesorería de los Estados Unidos recibió un mensaje por correo normal exigiendo tres mil millones de dólares a cambio de no causar el pánico en la nación. Si nuestro Gobierno no paga esos tres mil millones de dólares, seis escuelas infantiles serán voladas con cargas explosivas, simultáneamente, en diferentes puntos del país. Y para que comprendamos que el asunto no es ninguna broma, han hecho lo de Tallulah Falls.

—Me parece que ahora sí comprendo. Esa explosión no ha sido de gas, sino de una carga explosiva que alguien colocó cerca de la escuela, y la hizo explotar de noche como una advertencia. Es decir,

que del mismo modo que han podido hacerla explotar de noche y a distancia de seguridad con respecto al grupo escolar, pueden hacer explotar una carga similar en seis escuelas llenas de niños, por ejemplo, a las once de la mañana.

—Exactamente.

—¿Y quiénes están detrás de este asunto?

—Todavía no lo sabemos. Pero naturalmente, queremos saberlo. Por el momento el FBI ha emprendido una investigación discretísima, ya que la idea es no asustar a la población.

—Sí, comprendo eso. Es por ese motivo por lo que, una vez más, las noticias han sido manipuladas, y en lugar de decir la verdad, se ha dicho que la explosión era de un conducto de gas. Muy bien. Entiendo eso. Lo que no entiendo es que la CIA recurra a mí para este asunto, tío Charlie… ¿Está relacionado con el espionaje de alguna manera?

—La CIA se pregunta qué clase de personas pueden necesitar tres mil millones de dólares…, y para qué los necesitan. Comprenderá usted que esa cantidad no se pide para poner un negocio de venta de hamburguesas… La idea es que quien pide tres mil millones de dólares está tramando algo preocupante.

—¿Más preocupante que hacer volar con explosivos media docena de escuelas llenas de niños?

—Pueden ocurrir cosas mucho peores, Brigitte: desde volar una docena entera de escuelas a financiar una guerra.

—Sí —parecieron congelarse los bellos ojos de la espía más implacable del mundo—, se pueden hacer muchas cosas malas con tres mil millones de dólares. Y también muchas cosas buenas.

Pitzer quedó estupefacto un instante, antes de exclamar:

—¡No creerá usted que piden esa cantidad para dedicarla a cosas buenas!

—Claro que no —tuvo que admitir Brigitte—. Bien, según entiendo, la CIA quiere que yo rastree a esas personas y descubra para qué quieren ese dinero. Pero eso no va a ser nada fácil, y si mientras tanto hay que pagar para impedir que…

—No parece que vaya a ser demasiado difícil. Y desde luego, el Tesoro, es decir, la Casa Blanca, ha decidido pagar, de momento.

—Eso es muy sensato y tranquilizador —Brigitte contemplaba con sumo interés a su amigo y jefe teórico en la CIA—… ¿He oído

mal, o ha dicho usted realmente que no va a ser demasiado difícil rastrear a esa gente?

—Yo diría que no va a ser demasiado difícil. Es decir, para algunas personas sería imposible, pero no para la CIA, que dispone de… recursos y contactos para averiguar a quién pertenece cualquier cuenta secreta en un banco de Suiza. Es decir, hay cuentas a cuya identidad ni siquiera la CIA puede acceder, pero no creemos que este sea el caso.

Brigitte consiguió salir de su estupefacción.

—¿Me está usted diciendo —exclamó— que hay que hacer ese pago de tres mil millones de dólares a una cuenta de una banca suiza?

—A una cuenta clave.

—¡Pero qué cuenta clave ni qué zambombas…! Como usted acaba de decir, la CIA tiene medios para identificar al propietario de una cuenta clave, por muy en secreto que esa persona o personas quieran mantener su identidad. ¡Si esa gente nos facilita el número de esa cuenta clave no tardaríamos ni setenta y dos horas en saber quiénes son!

—Ya nos han facilitado el número. Y si dentro de cuarenta y ocho horas, no hemos depositado en esa cuenta los tres mil millones de dólares, seis escuelas serán voladas con cargas explosivas.

—Ya. Cuarenta y ocho horas, ¿eh? O sea, que incluso quizás han calculado que podemos tardar tres días en identificarlos, y por eso sólo nos dan dos días de plazo para pagar.

—Así parece.

Brigitte se quedó mirando fijamente a Pitzer. Por fin, movió negativamente le cabeza, y murmuró:

—Claro que no. Ésa no es la jugada… Tiene que ser otra. De acuerdo a la más elemental lógica, simplemente esas personas están seguros de que jamás lograremos identificarlos rastreando su cuenta clave. Es decir, que están seguros de que no vamos a poder atraparlos de ninguna manera.

—La lógica así lo indica. Porque me resisto a creer que haya alguien tan rematadamente imbécil que no haya pensado en estas cuestiones, es decir, que en menos de tres días la CIA puede tenerlo identificado e incluso localizado. Si recurren a una cuenta clave es porque están seguros de que no los vamos a localizar por medio de

ella, y, ciertamente, están seguros de que es el mejor sistema para cobrar sin correr riesgos.

—Sí, porque cobrar tres mil millones de dólares, aunque sea en papel moneda de la más alta nominación, tiene sus problemas: de transporte, de ocultación, de utilización posterior… En cambio, depositado ese dinero en una cuenta clave, todo lo demás resulta sencillo; se va retirando dinero de la cuenta cuando se necesite, y en paz. Y por otra parte, todas las molestias del manejo y entrega del dinero correrán por nuestra parte —Brigitte sonrió secamente, de pronto—… Son muy listos, ¿no le parece, tío Charlie?

—Muy listos —sonrió a su vez el viejo espía—, pero han cometido el clásico error de siempre. Mejor dicho, en esta ocasión los… malos han cometido dos errores. El primero, el de siempre, considerar que ellos son listos y los demás somos tontos. Pero, aunque no hubieran cometido este error, aunque fuesen tan listos que incluso admitan que haya otras personas tan listas o más que ellos, han cometido el segundo error: no han contado con la posible intervención de usted.

—Tal vez sí hayan previsto incluso eso, tío Charlie.

—Tal vez. Pero eso no variará el resultado de este duelo de… talentos: inevitablemente, pase lo que pase, usted los encontrará. Éste es el número de la cuenta clave.

Pitzer empujó un papel por encima de la mesa de su pequeño despacho en la trastienda de la floristería sita en la calle Cuarenta y Dos, y que era el puesto de mando encubierto del Sector New York de la CIA. Brigitte tomó el papel, y leyó su contenido. La cuenta clave correspondía a la Banque Nationale Suisse, sita en la Rue Diday, 8, Ginebra, Suiza. Estos datos, así como el número de la cuenta, fueron memorizados por la espía, que devolvió el papelito.

—¿Cuándo volverán a buscar contacto esa gente?

—Ya nunca más. Nosotros debemos ingresar el dinero en esta cuenta —Pitzer alzó el papel—, y entregar el resguardo acreditativo del ingreso.

—¿Entregar el resguardo? ¿A quién, dónde, cómo?

El veterano espía movió la cabeza, soltó un gruñido, y por fin masculló:

—No se lo va usted a creer.

—Inténtelo.

—El resguardo debe ser entregado en Miami, en el Opa Locka Airport, en uno de los casilleros de alquiler. Se pone en un sobre, se mete en el casillero numerado, y ya está, ya habremos cumplido nuestra parte.

—Es decir, que la persona que posiblemente esté vigilando ese casillero verá a alguien metiendo en él un sobre…, pero no podrá estar seguro de que es el resguardo del ingreso hasta que se acerque al casillero, recoja el sobre, lo abra, y examine el resguardo.

—Evidentemente.

Se quedaron mirándose los dos, Pitzer con expresión inescrutable, y Brigitte con el ceño fruncido. Por fin, ella sonrió.

—Tío Charlie: ¿no tiene usted la sensación de que alguien está pretendiendo tomarnos el pelo?

—Sí, tengo esa sensación —sonrió a su vez Pitzer—. Aunque también podría ser que estuviésemos tratando con unos pobres tontos ingenuos.

—¿Le parece a usted que pueden ser tontos quienes piden tres mil millones de dólares? Cielos, ¡tres mil millones de dólares!

—A mí sigue inquietándome la misma pregunta: ¿para qué pueden querer tantísimo dinero? Porque, francamente, la única cosa que se me ocurre que cueste tanto dinero es una partida de armas. Pero una partida importantísima, naturalmente… No tanto que pueda preocupar a los Estados Unidos de América, pero con tres mil millones de dólares un país pobre puede comprar las suficientes armas para aplastar a sus vecinos igualmente pobres… y que además, carecen de esas armas.

—Y también carecerán de los mercenarios que podrían utilizarlas.

—Claro. Aunque quizá nos estemos equivocando.

—Todo es siempre posible —murmuró Brigitte Baby Montfort—. Pero, en fin, no hagamos más suposiciones. Vamos a dejar que el FBI prosiga sus investigaciones, dejemos que todos crean que fue una explosión de gas, paguemos los tres mil millones de dólares, y, mientras tanto, yo me trasladaré a Miami. Vamos a ver quién se presenta a recoger el sobre conteniendo el resguardo en el Opa Locka Airport…, si es que realmente se presenta alguien.

Capítulo II

Se presentó alguien, ciertamente.

Hacia las cuatro de la tarde apareció el muchacho negro. Debía de tener unos veinte años, era un bello atleta de expresión sonriente, y vestía deportivamente. De momento, ninguno de los camuflados agentes de la CIA que esperaban por la zona de los casilleros le hizo caso, porque el muchacho no fue al casillero convenido, sino a otro, el cual abrió normalmente.

Brigitte, que miraba al joven negro simplemente porque era hermoso y atlético e incluso de muy simpática expresión, le vio sonreír, y entonces miró lo que el negro había sacado de la casilla, y que tenía en las manos: un sobre, del cual sobresalían varios billetes. Sonriendo, el muchacho se guardó el dinero, cerró el casillero, se guardó la llave en un bolsillo, y la volvió a sacar…

No. No volvió a sacar la misma llave. Sacó otra llave, correspondiente a otro casillero, cuya ubicación buscó. Finalmente, el muchacho se detuvo ante el casillero en el que, cinco horas antes, un agente de la CIA había introducido el sobre con el resguardo del ingreso de tres mil millones de dólares en la cuenta clave de la Banque Nationale Suisse en el 8, Rue Diday, Ginebra. Introdujo la llave en la pequeña cerradura, la abrió, y retiró el sobre, que contempló con relativa curiosidad. Acto seguido, sin abrirlo, se lo guardó en un bolsillo. Cerró el casillero, y se alejó hacia la puerta.

Desde cierta distancia, el jefe de los agentes que formaban aquel grupo destacado en el Opa Locka Airport, miró a la muchacha rubia que parecía esperar a alguien leyendo una revista. Ella movió la cabeza con gesto negativo, añadiendo una seña que implicaba paciencia. Acto seguido, con toda naturalidad, salió en pos del atleta negro. Éste caminaba hacia la esquina del edificio, por la cual desapareció. Tras él, sin prisas pero diligentemente, caminaba la rubia, y, rodeando el edificio por el otro lado, varios agentes de la

CIA.

El joven atleta llegó a las pistas posteriores, buscó con la mirada, y sonrió cuando divisó una pequeña avioneta pintada de azul y blanco. Caminó hacia ella, y en cuestión de segundos estaba junto al aparato. No había nadie en éste, ni cerca. El joven miró a derecha e izquierda, encogió los hombros, y subió a la avioneta… Desde unos cuarenta metros de distancia, la muchacha rubia vio perfectamente al joven negro sacar del bolsillo el sobre que contenía el resguardo, y dejarlo bien visible en el tablero frontal de la avioneta. Luego, el muchacho se apeó de un salto, y comenzó a alejarse.

La rubia miró al jefe del grupo de agentes de la CIA, y con discretísimo gesto le mostró dos dedos de la mano izquierda. El hombre de la CIA asintió; entendido: debía enviar dos agentes en pos del joven negro. A su vez hizo la seña adecuada, se aseguró de que dos agentes partían en pos del negro, y volvió a mirar a la rubia.

Ésta contemplaba fijamente la avioneta. No, no había nadie en ésta, ni nadie se acercaba.

El jefe del grupo frunció el ceño, impaciente. La rubia seguía mirando la avioneta. De pronto, pareció sobresaltada por algo, y casi corrió hacia el jefe del grupo de agentes de la CIA.

—¡Pronto! —Llegó diciendo—. ¡Consigan un helicóptero! ¡Pronto, pronto!

—No hay cuidado —dijo el agente de la CIA—. Tenemos en este mismo aeropuerto un par de helicópteros y una avioneta.

—Vamos hacia uno de los helicópteros… ¡Deprisa!

—Pero… ¿adónde vamos? Si nos alejamos de aquí…

El motor de la avioneta pintada de azul y blanco se puso en marcha, de pronto. La hélice comenzó a girar. El jefe del grupo de la CIA miró hacia allá, vio la hélice girando, y la avioneta comenzando a desplazarse lentamente. Estupefacto, comprobó de nuevo que no había nadie en la avioneta, nadie ante los mandos; sin embargo, el aparato seguía moviéndose, girando ahora para enfilar una de las pistas. El pasmo del hombre de la CIA era total. Pero, de repente, comprendió.

—La madre que los parió —jadeó—… ¡Tienen controlada esa avioneta por control remoto!

—¡Vamos a un helicóptero! —comenzó a enfadarse Brigitte, perfecta en su caracterización de rubia.

Echaron a correr los dos. El resto de los hombres de la CIA seguían contemplando pasmados la avioneta rodando ya hacia una de las pistas. Simón y la rubia llegaron a un helicóptero casi veinte segundos más tarde, y se encaramaron a él rápidamente. A unos doscientos metros de allí, la avioneta ya había despegado suave y elegantemente. Jadeando, Simón pulsó el botón del encendido electrónico del motor del helicóptero, que respondió en el acto. La gran aspa comenzó a girar. El espía soltó un bufido de alivio.

—Es un aparato muy rápido —dijo—… ¡Esa maldita avioneta no podrá escapar!

—Esperemos que así sea.

La avioneta volaba rumbo al sur. La rubia indicó a Simón que se acercase más a ella, y como el espía la mirase indeciso, sonrió como divertida.

—No hay cuidado —dijo—. No hay en ese aparato nadie que pueda vernos. Donde sí debía de haber alguien era en el Opa Locka… Alguien que vio que el negro puso el sobre en la avioneta, y entonces llamó por radio a alguien más que ha puesto en marcha los mandos a distancia… ¿No le parece que estos tiempos son de lo más emocionantes? ¡Estamos persiguiendo un aparato que vuela con toda exactitud conforme a las instrucciones de un vuelo programado!

—Esto no me gusta nada —refunfuñó Simón.

—Tómeselo con calma. Sí, a mí cada día me pasma más la técnica actual… Por ejemplo, ¿sabe una cosa que no deja de maravillarme?

—¿Qué cosa?

—Las grabaciones de video. Prácticamente, yo sólo veo las noticias, en la televisión. Sin embargo, hace unos días coincidió que mientras daban uno de los noticieros en otro canal emitían un programa que me interesaba. De modo que me puse a ver y escuchar las noticias, y, mientras tanto, mi aparato de video fue grabando el otro programa. Claro, cuando terminé de ver el noticiero, puse en marcha la cinta de video y con toda normalidad vi el otro programa…, que ya había terminado unos minutos antes. ¿A usted no le parece fantástico? No sólo el video. Es que, además,

podemos grabar un programa que no estamos viendo, un programa que no aparece en la pantalla… ¿No le parece pasmoso y admirable?

—Me está tomando el pelo —gruñó Simón.

—Que no, que de verdad me pasman estas cosas de la técnica… ¡Y eso que yo he viajado incluso en cápsula espacial! [1]

—¿De veras? ¿Cómo fue eso? ¿Cuándo?

—Fue una experiencia… emocionante. ¿Cuándo? Cielos, hace tanto tiempo que ni siquiera lo recuerdo. ¡El tiempo pasa tan deprisa que uno ni se entera de que está viviendo!

—¿Usted no se da cuenta de que está viviendo?

—Oh, sí, claro… Era una manera de hablar…, en cierto modo. Porque es cierto en muy buena parte que no nos enteramos de que estamos viviendo. Ahora mismo, por ejemplo: ¿usted se está dando cuenta de que está viviendo?

—Claro. ¡Naturalmente!

—¿Sí? ¿Cómo puede estar seguro de ello?

—Caramba… Estamos aquí los dos, ¿no? Estamos vivos y persiguiendo una avioneta dirigida por control remoto…

—Vivos y persiguiendo una avioneta dirigida por control remoto —repitió Baby—… Interesante descripción de una vida. Es cierto, estamos vivos y estamos haciendo algo, pero… ¿realmente se está dando usted cuenta de que está vivo y de que está viviendo SU VIDA?

—No comprendo lo que quiere decir.

—Está usted dedicando el tiempo de su vida a hacer algo que no forma parte de SU VIDA.

—¿Cómo que no? ¡Yo creo que sí!

—No, no, Simón, ¡claro que no! ¿Usted cree que su vida consiste en perseguir una avioneta? ¿Realmente cree que eso es vivir SU VIDA? Pues yo creo que no. Yo creo que vivir mi vida es hacer cosas que sólo afectan e interesan a MI VIDA. Por ejemplo: escuchar mi corazón, tomar el sol, pensar en mis órganos, hacer el amor… Cosas así.

—Caramba, ¡lo que usted quiere es vivir sólo para usted misma haciendo sólo lo que a usted le gusta…!

El hombre de la CIA se calló de repente, dejó de mirar a la avioneta para mirar de reojo un instante a su rubia compañera, y

frunció el ceño. Ella le contemplaba con una simpática expresión de ironía. Por fin, tras largos segundos de silencio, el hombre de la CIA masculló:

—Bueno, realmente, dedicar el tiempo de nuestra vida a hacer cosas ajenas a nuestra vida no es vivir NUESTRA VIDA.

—Celebro que lo haya comprendido.

—Pero ésta es una conversación que podría alargarse mucho, tomando unas copas en un ambiente agradable… ¡Hay tema para rato!

—Sí. Pero la pregunta es: ¿qué prefiere usted…, charlar sobre el tema… o dedicar ese tiempo a vivir SU VIDA?

—Pues… Bueno… ¡Oiga, usted es capaz de liar a cualquiera!

La rubia se echó a reír, y señaló hacia el frente, La avioneta comenzaba a descender, muy suavemente.

Sonó una llamada en la radio del helicóptero, y Simón la atendió rápidamente.

—¿Qué hay?

—Tenemos al negro.

—¿Que tenéis al negro? —Exclamó Simón—. ¡Maldita sea, no teníais que detenerlo, sólo seguirlo y…!

—Era imposible. Se nos habría escapado. El muchacho va con una moto Honda que nos habría dejado atrás en cuestión de segundos. O le deteníamos o lo íbamos a perder. Decidimos detenerlo. Si hemos hecho mal, lo siento.

—No se preocupen —intervino Baby en la conversación—. Pero déjenlo marchar.

—¿Que lo dejemos marchar? ¡Este tipo ha intervenido en…!

—En nada. Le dieron un dinero para que hiciese unas cositas, y él las ha hecho, eso es todo. Si le preguntamos, no sabrá nada de nada, salvo que alguien le dijo que si hacía tal cosa le darían tanto dinero. Y eso es lo que ha ocurrido: él ha cogido el dinero depositado en un casillero, y que es su parte; luego, del otro casillero, ha cogido el sobre y lo ha colocado en la avioneta. No sabe nada más.

—Pero… cuando menos debió de ver a la persona que le contrató…

—Como si no lo hubiera visto. Nos dará una descripción que no nos servirá de nada. Déjenlo marchar. Eso es todo.

—Como usted mande. ¿Qué hacemos a continuación?

—Permanezcan a la espera. Yo les llamaré.

La comunicación terminó.

La avioneta estaba ya muy cerca de tierra firme, a punto de aterrizar. Es decir, no se trataba de tierra demasiado firme, pues se hallaban muy cerca de la zona pantanosa del norte de los Everglades, al Oeste de Homestead, y, ciertamente, no era una zona precisamente adecuada para que una avioneta aterrizase.

Sin embargo, aterrizó allí, dando un par de extraños saltos y estando un par de veces a punto de volcar, alzando grandes salpicaduras de barro y vegetación. Finalmente, quedó inmóvil en el centro de una amplia zona en la que, simplemente, sólo había lodo.

Simón iba a decir algo, pero Brigitte señaló hacia delante.

—Siga, no intente ninguna maniobra. Siga como si nuestra proximidad a la avioneta hubiera sido casual y sólo durante un par de minutos.

—De acuerdo. Pero me pregunto quién y cómo va a llegar a esa avioneta para recoger el sobre con el resguardo que…

—No les interesa el resguardo. En estos momentos ya saben que el dinero ha sido depositado en la cuenta clave, de modo que el resguardo del depósito no tiene mayor importancia. El dinero ya es suyo.

—Pero entonces… ¿a qué viene todo este tinglado de la avioneta?

—Aterrice. Métase ahí, entre esas palmeras… Mejor dicho, no aterrice: sólo acérquese a tierra lo suficiente para que yo pueda saltar, sin que usted deje de volar. Cuando yo haya saltado, siga volando, alejándose hacia el sur y recuperando de nuevo altura. Y no regrese a recogerme hasta dentro de una hora.

—Pero… ¡se va a romper usted la crisma!

—Espero que no —rió la rubia.

—Sería mejor que…

La explosión ahogó las palabras de Simón, que respingó fuertemente y volvió la cabeza. Por detrás de ellos, la avioneta todavía estaba saltando en pedazos envuelta en fuego y humo. La explosión había formado como un hongo de barro y vegetación, que se extendió en mucha distancia alrededor de la avioneta, cuyos pedazos caían ahora, algunos de ellos ardiendo. Unos retorcidos

restos quedaron en el lugar del aterrizaje, humeando intensamente.

El estupefacto agente de la CIA miró a Baby, que señaló hacia abajo. Él recordó la orden, y obedeció, mientras Baby se pasaba el asa de su maletín por la muñeca izquierda. Libres ambas manos, descorrió la portezuela del helicóptero, y se colgó del borde inferior. Cuando el helicóptero estaba a menos de cinco metros de altura, Baby se soltó, y cayó en la blanda tierra, rebotando para quedar finalmente sentada. El helicóptero continuó rumbo al sur, recuperando una altura convincente. Era de esperar que nadie hubiera visto que uno de sus ocupantes saltaba a tierra, precisamente debido a lo espeso de la vegetación en aquella parte.

En cuestión de segundos el rumor del helicóptero se perdió en la distancia. Todo quedó en silencio.

Baby no se lo pensó ni un instante: echó a andar en dirección a la carretera, que discurría a unos seiscientos metros de allí, en dirección a Flamingo, y que ella había visto desde el helicóptero. Si llegaba a tiempo de ver algún coche detenido por aquellos parajes, quizá consiguiera una pista. Si no era así, tendrían que aferrarse a la pista que significaba la cuenta clave.

Pero quizá tuviera suerte, de modo que continuó caminando, llenándose de barro los pies y echando a perder sus elegantes zapatos…

Los dos hombres llegaron junto al coche, dejando tras ellos en el asfalto las pisadas de barro. No había nadie más en el coche detenido en el arcén. La circulación era más bien escasa en aquella zona.

—Maldita sea, nos hemos llenado de barro de pies a cabeza —gruñó uno de ellos—… ¡Ya te dije que no podía fallar, que no hacía falta comprobar que la avioneta saltaba en pedazos!

—Deja de refunfuñar —dijo el otro—. Nos compraremos otros zapatos y asunto terminado. Nos pagan lo suficientemente bien para que podemos permitirnos el lujo de tirar cien pares de zapatos. Lo que tenemos que hacer ahora es largarnos de aquí a toda prisa con el material.

—No entiendo nada de todo esto, Melvin. Esa avioneta no era una maravilla, pero estaba en perfecto estado, y valía su buen dinero. Lo mismo este coche, y todo el material… ¡Maldita sea, no entiendo por qué hemos de ir destruyéndolo todo después de

utilizarlo!

—¿Acaso lo pagas tú? ¿Verdad que no? Pues obedece, cobra y calla. Venga, Ron, deja de mascullar. Y abre la tapa del maletero, para que meta dentro el detonador.

Ronald Kowalski terminó por encoger los hombros, y alzó la tapa del maletero. Melvin Sturgess metió dentro el mecanismo detonador por medio del cual habían hecho explotar la avioneta, que a su vez habían atraído hacia allí desde el Opa Locka Airport utilizando los mandos asimismo instalados dentro del maletero del coche, un vetusto Chevrolet negro. No había sido nada complicado: habían estado esperando en determinado lugar a recibir una llamada telefónica desde el Opa Locka; por medio de esa llamada habían sido advertidos de que ya podían hacer despegar la avioneta. Lo habían hecho, la habían atraído a la zona indicada, y allá habían hecho explotar la carga que contenía. Nada del otro mundo, habían hecho cosas mucho más difíciles y comprometidas. Y cobrando mucho menos que en esta ocasión.

Habían pasado un par de coches a buena velocidad junto a ellos, pero ni siquiera los habían mirado. No esperaban tener allí ningún contacto con nadie. Para ellos el asunto había terminado: habían cobrado, habían hecho su parte a la perfección, y ahora sólo tenían que llevar el coche a otro lugar donde, con su contenido, tenían que dejarlo también convertido en trizas irreconocibles. Luego, ¡a tomarse unas buenas vacaciones!

Pero, justo cuando ya estaban sentados ambos en los asientos delanteros del Chevrolet negro, y Kowalski se disponía a dar el encendido, apareció por delante de ellos el ciclista. Sturgess lo miró con indiferencia, pero enseguida tocó en un brazo a Ron.

—Espera —murmuró—… Ese que viene es él.

Ronald Kowalski miró hacia el frente, vio al ciclista, y también lo identificó: el hombre que les había contratado y pagado, el jefe de la incomprensible operación, en suma. Era inconfundible, aunque ahora, en lugar de llevar un traje normal y corriente llevase puesto un chándal gris y apareciese en bicicleta, como quien está disfrutando de un paseo por lugares considerablemente tranquilos…

Como fuese, el hombre era inconfundible: debía de tener unos treinta y cinco años, medía metro ochenta y cuatro, y era un atleta rubio y hermoso, de grandes ojos azules. Para confundir a aquel

hombre con cualquier otro hacía falta estar muy mal de la vista, lo que no era el caso de dos sujetos como Kowalski y Sturgess.

El atleta rubio llegó cerca del coche, dejó la bicicleta de lado en el arcén, y se acercó al coche, por el lado izquierdo. Kowalski alzó la mirada cuando el atleta del chándal se detuvo junto al Chevrolet.

—No esperábamos verlo por aquí, señor Silverman —dijo.

—Pasad los dos al asiento posterior —dijo amablemente el rubio —. Tengo que daros unas últimas instrucciones. Vamos, vamos, no perdáis tiempo, no quiero que me vean conversando con vosotros.

Sturgess y Kowalski salieron rápidamente del coche, pasando al asiento de atrás. El rubio y muy atractivo atleta se sentó ante el volante, y giró el torso para mirar con más comodidad a los dos aventureros, que le contemplaban expectantes.

—¿Todo ha ido bien? —inquirió—. ¿Algo no ha funcionado según lo previsto por mí?

—Todo ha funcionado con toda exactitud —aseguró Sturgess—… Sólo hay una cosa que no comprendo, señor Silverman: si usted nos llamó antes desde el Opa Locka al teléfono convenido, para decirnos que podíamos controlar ya la avioneta para traerla aquí…, ¿cómo ha podido hacer en tan poco tiempo las millas que separan el Opa Locka Airport de este lugar? Me refiero, claro, a que yendo en bicicleta es mucha distancia para recorrerla en tan poco tiempo, ¿no?

—Ese trayecto no lo he hecho en bicicleta, sino en coche, por la Krome Avenue. Y dentro del coche llevaba la bicicleta plegable que veis ahí. He dejado el coche a cierta distancia de aquí, y ahora volveré allá en bicicleta… Pero dejemos eso. ¿Visteis el helicóptero, supongo?

—¿El…? Ah, sí. Bueno, vimos un helicóptero que pasó hace poco por aquí. Y ahora que pienso: es extraño que no oyeran la explosión de la avioneta, pues aunque ya sabemos que un helicóptero hace mucho ruido, la explosión fue muy fuerte… Desde la carretera es imposible saber dónde se ha producido, pero desde el helicóptero debieron de ver el humo en su sitio exacto…

—Ahora debe de haber mucha gente allá —dijo Kowalski—. O quizá no se haya acercado nadie, pues hay mucho barro. Pero bueno, seguro que más abajo hay bastantes coches detenidos en la carretera, a la altura de donde explotó la avioneta. Todavía se ve el

humo. Por eso hay tan poco tráfico, todos se detienen allá.

—Sí, era de esperar —sonrió el rubio.

Mientras conversaba con Sturgess y Kowalski había alzado la pernera izquierda del pantalón del chándal, dejando al descubierto la pistola provista de silenciador sujeta a la pantorrilla por un par de tiras de esparadrapo. Sin dejar de conversar normalmente, despegó la pistola utilizando la mano izquierda, la empuñó con la derecha, y, con toda naturalidad y tranquilidad, apuntó con ella rápidamente a Sturgess, que al ver la boca del silenciador abrió la boca en un gesto de sobresalto…

Plop, disparó el rubio llamado Silverman.

La bala entró precisamente por la abierta boca de Sturgess, y le salió por la nuca, matándolo en el acto.

Junto a Sturgess, Kowalski tuvo tiempo de proferir un grito mezcla de sorpresa y rabia, pero eso fue todo lo que pudo hacer.

Plop, disparó de nuevo Silverman, metiendo la bala con mortal puntería en pleno corazón de Ronald Kowalski. Éste brincó, sus facciones se agitaron, parecieron retorcerse en un gesto feroz, y acto seguido se desplomó bruscamente. Eso fue todo, y Silverman colocó de nuevo la pistola en su pantorrilla.

El hermoso atleta rubio se apeó tranquilamente del Chevrolet, fue adonde había dejado su bicicleta, la alzó, subió a ella, y se alejó pedaleando con vigor pero sin prisas.

Evidentemente, estaba dando un agradable paseo.

Debían de ser las seis de la tarde cuando Silverman llegaba en bicicleta al pequeño hotel situado cerca de la carretera. Se apeó, y entró en el vestíbulo, yendo directo en busca de la llave de su habitación. El conserje del modesto pero agradable hotelito le vio llegar, y él mismo le tendió la llave, al tiempo que decía:

—Hay una llamada telefónica para usted, señor Michaels. De su cuñado. Dice que sería conveniente que regresara usted cuanto antes a Tampa, pues su suegra está muy enferma.

—¿Mi suegra? ¡Estaba estupendamente cuando decidí tomarme estos días de solitarias vacaciones!

—Lo siento, señor. Según su cuñado ella se ha puesto repentinamente enferma.

—Con tal de fastidiarme es capaz incluso de eso —masculló el señor Michaels—… ¡Maldita sea su estampa! Está bien, prepáreme

la cuenta. Voy a ducharme y regreso a casa inmediatamente… ¡Maldita sea, con lo bien que lo estaba pasando yo solo lejos de casa…!

Media hora más tarde, el señor Robert Michaels, de Tampa, abandonaba el Trail Hotel, emprendiendo el regreso a Tampa en su Ford. Pero, ni siquiera había recorrido veinte kilómetros cuando sacó el Ford de la carretera, deteniéndolo apenas un minuto más tarde junto a otro automóvil, un casi arcaico y simpático Thunderbird biplaza. Todavía dentro del Ford, el señor Michaels se quitó la peluca rubia y los lentes de contacto de color azul, dejando al descubierto sus ojos castaños y su corta cabellera también castaña, casi negra.

Dejándolo todo en el Ford, el señor Michaels pasó al Thunderbird. Ni siquiera recogió su equipaje, ni la peluca, ni las lentes de contacto… Nada.

Simplemente, tras despojarse de su disfraz, pasó al Thunderbird y se alejó…, dejando en el aire el alegre sonido de una carcajada.

Una hora más tarde, tras convencerse a su plena satisfacción de que nadie le seguía, el señor Michaels dejó de circular como descontroladamente por aquella zona, y se dirigió ya resueltamente hacia Miami, adonde llegó un poco más tarde de las ocho.

Y ya en Miami, fue al Riverside Hotel, sito en N. W. North River Drive, cerca de Lummus Park. Tras dejar el coche en el estacionamiento, entró en el hotel. El conserje le sonrió amablemente al verlo acercarse, y se apresuró a tenderle su llave.

—¿Ya de vuelta, señor Navarro? Espero que todo le haya ido bien.

—Bueno, no voy a quejarme, pero las cosas me han funcionado mejor en otras ocasiones. Espero que en Europa se equilibre la suerte. ¿Me reservó el pasaje para París?

—Por supuesto, señor Navarro. Su avión sale mañana a las nueve.

—A las nueve… Eso significa que llegaré a París prácticamente de noche. Bueno, estupendo: a nadie le perjudica descansar unas horas extras.

—Pero la gente no va a París a descansar, señor Navarro —guiñó un ojo el conserje.

—Hay de todo —rió el apuesto, atractivo, atlético, simpático

señor Navarro—… En mi caso, desde luego, lo primero que haré será descansar. Luego…, ya veremos. En cualquier caso, tenga por cierto que aprovecharé adecuadamente el viaje. ¡*Oh, la, la, Mon Dieu, Paris la Nuit*…!

—Le prepararé la cuenta —rió el conserje—. Y… ¡feliz viaje!

Capítulo III

El viaje empezaba mal.

Por el momento, simplemente, ni siquiera había viaje. Eran las nueve y veinticinco minutos de la mañana, y el avión que debía haber salido a las nueve en vuelo directo Miami-París continuaba en tierra, tras haber rodado lentamente hacia una de las pistas de espera.

La explicación que se dio a los pasajeros que ya ocupaban el aparato fue de lo más convincente: el último chequeo de comprobación efectuado electrónicamente había revelado que una de las piezas del motor estaba un tanto… desajustada, y, para mayor seguridad de todos, era conveniente cambiarla.

Nada que oponer. Una pequeña contrariedad, un poco de retraso (que por otra parte podía ser compensado durante el viaje aumentando la velocidad un poco), pero peor habría sido caer en pleno Atlántico.

Justamente a las nueve y veinticinco, llegó el último pasajero para el vuelo Miami-París. Mejor dicho, la última pasajera. Llegó en un microbús del aeropuerto, la escala fue colocada, y ella subió a bordo. Ella. Desde la ventanilla del avión junto a la cual se sentaba, Félix Miguel Navarro Salvatierra (alias «Señor Silverman», alias «señor Robert Michaels») vio llegar a la pasajera, e inmediatamente se enamoró. Pero inmediatamente, en su interior sonó la voz de alarma:

«—Nada de eso, amiguito: estás haciendo algo demasiado importante como para complicarte más la vida con enamoramientos. De modo que como si no la hubieras visto».

Pero era imposible.

Ella era alta, esbelta, elegante, bellísima y rubia. Una rubia de grandes ojos verdes y sonrientes que tenía una boca absolutamente deliciosa, con el labio superior ligeramente alzado por el centro. Y

tenía en la barbilla un hoyuelo vertical que estaba para comérselo. No el hoyuelo, sino la barbilla.

Vamos, no la barbilla, sino toda ella. Era tan encantadora que Félix Miguel Navarro Salvatierra decidió dejar de mirarla, y asunto terminado. Porque si seguía mirándola… ¡Si seguía mirándola era capaz de secuestrar aquel avión sólo para llevarse a San Salvador a aquella preciosidad!

Ella se sentó en uno de los asientos libres tres filas por delante del que ocupaba Félix Miguel. Cinco o seis minutos más tarde, el recambio de seguridad había sido realizado en el avión, y otros diez minutos más tarde, bajo las indicaciones de la torre de control, el avión que hacía el vuelo directo Miami-París despegaba.

Estupendo.

Fin de la tensión.

Había habido momentos en que Félix Miguel había temido que todo fuese una argucia de las autoridades norteamericanas para retenerlo a él allí, y capturarlo, o algo parecido. Pero… ¿por qué habían de fijarse en él, por qué habían de detener al ciudadano sansalvadoreño Félix Navarro Salvatierra, que nada había hecho ni con nadie se había metido? Otra cosa habría sido si buscasen al señor Silverman o al señor Michaels, pero ninguno de éstos había dejado pista suficiente para que nadie, absolutamente nadie, pudiera relacionarlo con el señor Navarro…

—Bueno, menos mal —gruñó el pasajero sentado a la derecha de Navarro—… Para mí habría sido catastrófico no estar en París esta noche.

—No ha pasado nada —sonrió Félix Miguel—. Seguramente, ni siquiera llegaremos con retraso.

—Seguro que no. Y además, la preciosidad rubia ha salido beneficiada. Si no hubiera sido por la avería no habría podido tomar este avión.

—Sí, es cierto, ya se sabe: lo que a unos les va mal a otros les va bien.

—Por lo que a mí respecta, me alegro que la rubia haya podido tomar este vuelo. Una ración de belleza nunca perjudica, ¿verdad?

—Verdad —sonrió Félix Miguel.

El otro asintió, se quedó mirando a la rubia, y terminó por fruncir el ceño. Félix Miguel dedujo que estaba estudiando alguna

estrategia que le permitiera abordar a la muchacha, y lo dejó a su suerte. Si quería complicarse la vida, allá él. Aunque quizá no se la complicase, quizá su compañero de viaje no tuviera los problemas que tenía él, y la posibilidad de ligar con la rubia fuese más bien una perspectiva agradable…

Félix Miguel dejó de pensar en la rubia y en su compañero de asiento. Cerró los ojos, como quien no ha dormido lo suficiente aquella noche, y se puso a pensar en sus cosas.

Sus cosas. Por el momento había asesinado a dos personas. Pero no le importaba, y estaba dispuesto a asesinar a muchas más. A las que hiciera falta.

Porque una cosa era segura: para arrebatarle a él aquellos tres mil millones de dólares tendrían no sólo que matarlo, sino hacerlo papilla. Él no había montado todo aquel tinglado de acciones violentas y de asesinatos para permitirse luego la menor actitud que implicase debilidad o descuido. Nada de eso. Había muchas personas sentenciadas a muerte, muchos asesinatos muy bien meditados, y nada ni nadie le iba a detener a él en la realización de sus planes. Nada ni nadie.

Quedó inmerso en una especie de sopor. Cuando se despejó totalmente, estaban sobrevolando el Mar de los Sargazos. Menudo tinglado se traían unos y otros con el Mar de los Sargazos o el Triángulo de las Bermudas, como llamaban a la zona. Menudo tinglado y menuda broma, con todo eso de que los extraterrestres se llevaban naves de toda clase y personas cuando pasaban por la zona. ¡Pero qué extraterrestres ni qué cuentos tártaros, hombre, qué extraterrestres…! Lo que pasa es que a la gente le gustan los cuentos fantásticos, tiene tendencia a interesarse por las cosas espeluznantes, misteriosas y todo eso. Y si había morbo, mejor. Porque ya tiene su morbo eso de que vengan unos extraterrestres, agarren un avión en pleno vuelo, y se lo lleven, como quien se lleva una caja de cerillas…

—¿Desea tomar algo, señor?

La azafata le ofrecía la bandeja con diversas bebidas. Félix Miguel eligió un vaso de zumo de frutas variadas.

Muy bien.

Dentro de poco, en París. Y luego…

La rubia le estaba mirando, vuelta la cabeza. Y le sonreía.

Rápidamente, Félix Miguel miró a su compañero de asiento, convencido de que el hombre había conseguido de alguna manera «conectar» con la rubia y ésta le sonreía.

Es decir, sonreía a su vecino de asiento, no a él, claro.

Pero precisamente en aquel momento su vecino de asiento no prestaba atención a la rubia, y examinaba unos papeles que había extraído de un portafolios. De modo que Félix Miguel volvió a mirar a la rubia, convencido de que ella ya no le miraba, y que todo había sido un error de apreciación por su parte.

Pues no.

Ella seguía mirándole, volvió a sonreírle, e incluso sus labios y su garganta dibujaron una encantadora carcajada silenciosa. Acto seguido, la rubia le hizo gestos a Félix Miguel para que se acercase. Él se tocó el pecho con un dedo, y ella asintió. Realmente asombrado y desconcertado, Félix Miguel se puso en pie, y se acercó a la rubia, que señaló un asiento vacío a su lado, y cuando Félix Miguel se hubo sentado le tendió la mano.

—¿Qué tal? Me llamo Lili. ¿Y tú?

Félix Miguel consiguió salir de su pasmo.

—O sea, que no nos conocemos —dijo.

—Claro que no —rió ella—. Por eso me he presentado. ¿Cómo te llamas tú? Él frunció el ceño. Su mirada se endureció un poco y por unos instantes.

Pero la sonrisa de la rubia era capaz de fundir un témpano de un millón de toneladas en un par de segundos.

—Félix —dijo—, Félix Navarro. No quiero parecerte estúpido o antipático, pero… ¿de qué va esto? Dicho de otro modo: ¿qué pretendes?

—O sea —casi rió ella—, que eres un hombre duro.

—Nada de eso —rechazó Félix Miguel—. Soy un hombre normal. Así que…

—De normal, nada, querido. ¡Eres muy guapo! Eres un tipazo, y tú lo sabes.

—Bueno, sé que no estoy mal —el ceño de Félix Miguel volvió a fruncirse—, pero tampoco me lo tomo en serio. No soy un hombre duro, si te refieres a esos que se las dan de fríos y supermachos.

—¿No eres de ésos?

—Claro que no.

—Pero… ¿te gustan las mujeres?

—Vaya que sí —sonrió Félix Miguel.

—Entonces, seguro que querrás hacerme un favor… Espera, no se trata de eso, no precipites. No se trata de ir juntos a la cama. Sólo necesito llegar acompañada a París.

—Explícate mejor.

—No puedo llegar sola. En Orly me está esperando… una persona que va a causarme muchas molestias si me ve llegar sola. ¿Te has dado cuenta de que he llegado la última al avión? ¡Y suerte que había una avería o no sé qué…! Yo tenía que tomar este avión como fuese…, y he tenido suerte. Tengo que estar en París esta noche, pues me han ofrecido un trabajo fantástico… ¡Pero no quiero llegar sola!

—¿Por qué?

—Bueno, es que… hay una persona…, un hombre, que me estará esperando, y si me ve sola se pondrá pesado… Precisamente, me fui de París hace tiempo por culpa de él. No quiero verlo más, no quiero relacionarme con él de ninguna manera. Esta misma mañana me han llamado para ofrecerme ese trabajo, he contestado aceptando por medio de un telegrama por teléfono, y he corrido al aeropuerto. Entonces, me he acordado de él, que está vinculado al negocio… Se va a enterar de que regreso, y sé que querrá volver a… a… Bueno, estoy segura de que si me ve llegar con otro hombre terminará por convencerse definitivamente de que debe dejarme en paz… No sé si me he explicado.

—Te has explicado perfectamente. Pero no tengo intención de aceptar ese juego. En cambio, mi compañero de asiento estará encantado de…

—Oh, pero él no sirve.

—¿No? ¿Por qué?

—Bueno, él es… menos joven que tú. ¡Y no es guapo! Si me ven contigo lo creerán todo, pero no con ese otro, no. Ya… ya he estado mirando a los pasajeros, y el más adecuado eres tú: eres el más alto, el más atractivo. Y si te fijas bien en mí comprobarás que no es fácil que cualquier hombre haga pareja conmigo.

Félix Miguel terminó por soltar una carcajada. Ella sonreía encantadoramente, y le miraba como si acabase de enamorarse.

—¿Qué clase de trabajo te han ofrecido? —se interesó—. ¿A qué

te dedicas?

—Soy modelo.

—Ah. Sí, claro. Pero bueno, ¿qué clase de modelo?

—Fotográfico. Para revistas. Me han ofrecido protagonizar una campaña de publicidad de unos productos de tocador… ¿Entiendes algo de publicidad?

—No. Nada. Ni idea.

—Bueno, digamos que voy a ser la protagonista de una serie de pequeños telefilmes publicitarios combinados con una intensa campaña en revistas de las más prestigiosas de Francia. ¡Maldita sea, no tengo la menor intención de perder esta oportunidad de convertirme por fin en una estrella de la publicidad!

—Lo entiendo —volvió a reír Félix Miguel—. Y te deseo suerte.

—¿A qué te dedicas tú?

—Soy ingeniero. Ingeniero electrónico.

—Ingeniero electrónico… Nunca había oído nada semejante.

—Pues la carrera base la hice en Estados Unidos, en Miami. ¿Conoces la Universidad de Miami, la de Coral Gables?

—¡Claro que no! —Se pasmó ella—. ¿Acaso tengo cara de universitaria?

—Bueno, tampoco la tengo yo y…

—Oh, tú sí que la tienes… Quiero decir que tienes cara de… de hombre inteligente y cultivado, de hombre… importante. ¿Eres de Miami?

—No. No soy norteamericano. Conozco bien los Estados Unidos, sobre todo la zona de Miami, pues he pasado ahí varios años estudiando, pero no soy norteamericano.

—¿De dónde eres?

—Soy latinoamericano —sonrió él—. Tú sí eres yanqui.

—Sí. Pero he estado varios años en Francia. En realidad, si me fui de París fue por… ¡Tienes que hacerme ese favor! Mira, no te estoy pidiendo que me ames, sólo que lo parezca. Lo único que tenemos que hacer es llegar juntos, tomar un taxi juntos, y al llegar a París nos decimos adiós… ¡Por favor!

Félix Miguel titubeó. Se daba perfecta cuenta de que lo que menos le interesaba a él en aquellos momentos era meterse en cualquier lío o complicación, por insignificante que fuese. Pero aquellos hermosísimos ojos verdes…

—No sé. Mira, hagamos una cosa: tú busca otro pasajero que…

—Que no. No quiero ningún otro. Te quiero a ti. ¿Ves como sí eres un hombre duro? ¡Y además, eres cruel! Pero espera un momento… ¡No será que a ti te está esperando una mujer…!

—No, no, nada de eso.

—Pues a lo mejor te está esperando un hombre. ¿Tienes amigos en París?

—No… No. En realidad, en París estaré de paso.

—¡Pues mejor que mejor! Yo diré que eres mi hombre actual, pero que tienes que seguir viaje a… a Roma, por ejemplo, donde tienes negocios que atender. Así, nadie se sorprenderá de que no estés conmigo…, y yo mantendré alejado a… a ese hombre. ¡Y tú no sufrirás ninguna molestia!

—Eres una muchacha muy desenvuelta, ¿verdad?

—Si te refieres a que he viajado y conocido mucha gente, pues sí —rió la guapísima rubia—… Venga, di que sí. ¿Cuento contigo?

—Procura arreglarlo de otra manera. Pero si no puedes, de acuerdo.

—¡Estupendo! —Ella le besó impulsivamente en los labios, como una caricia más bien simpática—. ¡Me parece que me voy a enamorar de ti de verdad! Aunque no sé si buscarme más complicaciones… ¿Estás casado, tienes hijos…?

—¿Vas a escribir mi biografía?

—¿Eh…? ¡Claro que no! Oh, ya veo… ¿Te molesta que te haga peguntas de tipo personal? Sí, ya veo que no te gusta hablar de ti. Bueno, pues a mí sí me gusta hablar de mí. Pregunta, pregunta… ¿Qué quieres saber?

—¿Por qué no hablamos de extraterrestres? —propuso Félix Miguel.

Ella quedó pasmada, y acto seguido rió una vez más… Desde su asiento, el vecino de vuelo de Félix Miguel los contemplaba con cierta expresión hosca. Así es la vida, así es la gente. Pero claro, tenía que reconocer que la rubia y el atleta hacían una pareja espléndida, y que él, junto a la rubia, no habría lucido demasiado bien. En fin, al demonio todo.

Casi una hora más tarde, una azafata llevó a la rubia un mensaje cablegráfico, y Félix Miguel la dejó sola, regresando a su asiento. Su vecino le dirigió una maliciosa mirada.

—Vaya, usted sí que sabe, ¿eh? —deslizó.

—¿A qué se refiere?

—A la rubia. Parece simpática.

—Sí —murmuró Félix Miguel—… Lo es. Y mucho. Y muy inteligente.

—¿Inteligente? —Se pasmó el otro—. ¿De veras?

Félix Miguel lo miró como aburrido, y luego, sin contestar, miró a Lili. Lili Connors, norteamericana, modelo, bella y simpática. En aquel momento ella estaba leyendo el cablegrama tras abrirlo. Por un instante, Félix Miguel se preguntó qué debía de poner en aquel cablegrama, y quién lo había enviado. Pero enseguida apartó de su mente este enigma. A fin de cuentas, a él no le interesaban en absoluto los pequeños problemas o asuntillos de la muchacha…

Por su parte, la señorita Lili Connors estaba leyendo por segunda vez, y con toda su atención, el cablegrama recién recibido:

CUENTA CLAVE ESTÁ A NOMBRE DE FÉLIX MIGUEL NAVARRO SALVATIERRA DE SAN SALVADOR INGENIERO UNIVERSIDAD DE MIAMI ACTUALMENTE INTEGRADO EN MINISTERIO DE OBRAS PUBLICAS DE SU PAÍS SE HALLA DE VACACIONES EN PARADERO DESCONOCIDO.

La señorita Connors dobló cuidadosamente el cablegrama, y se puso en pie. ¿En paradero desconocido? Muy divertido. Pero, claro, los Simones que estaban trabajando en Europa no podían saber que el señor Navarro Salvatierra viajaba en aquellos momentos en un 747 hacia París. Los de la Central sí sabían que la agente Baby, con el nombre de Lili Connors, había tomado aquel avión, tras retenerlo encubiertamente la CIA con el pretexto de la revisión final a fin de que ella tuviera tiempo de prepararse la personalidad y el aspecto de Lili Connors a partir del momento en que, tras seguir a Navarro Salvatierra desde el Riverside Hotel hasta el aeropuerto, supieron qué vuelo iba a tomar…

No había sido nada fácil ni simpático conservar la pista de Félix Miguel Navarro Salvatierra. Y si en lugar de matar a aquellos dos hombres llamados Melvin Sturgess y Ronald Kowalski y dejarlos allí en el coche, se hubiera alejado con éste, ella no habría podido seguirlo.

Pero las cosas se le habían presentado bien a la señorita Connors la tarde anterior.

En primer lugar, había visto a los dos hombres con los pies manchados de barro caminando por la carretera hacia la cual se había dirigido ella. Luego, los había visto guardar algo en el coche. Luego, apareció el ciclista alto, atlético, guapo y rubio…, que los mató, los dejó allí, y se fue en bicicleta. Sencillamente, ella había subido al coche donde estaban los dos cadáveres, y había seguido al rubio deportista manteniendo la distancia adecuada y apoyándose en su veteranía como espía. Y así, sin que el rubio del chándal se diera cuenta, ella lo había seguido en todo momento hasta el hotel Riverside…, donde una discreta indagación posterior, ya con varios Simones a sus órdenes, habían revelado que el asesino de los dos hombres que habían controlado la avioneta para hacerla explotar luego (dentro del coche fueron hallados, naturalmente, los controles) parecía llamarse en realidad Félix Miguel Navarro Salvatierra.

Y ahora, cuando ella lo tenía completamente controlado, le llegaban las noticias que en Ginebra habían conseguido los agentes encargados de rastrear allí mismo, directamente, la cuenta clave. Esas noticias habían sido enviadas a la Central, y la Central se las remitía a Lili Connors, en ruta hacia París.

Es decir, que estaba confirmado: Félix Miguel Navarro Salvatierra estaba metido en aquel asunto. Muy bien. Pero… ¿quién más? ¿Quién más estaba en todo aquello, y qué pretendían? Por el momento, Navarro se había relacionado solamente con Sturgess y Kowalski, que habían resultado ser dos mercenarios de considerable nivel, gente de cuidado. Y él los había asesinado después de utilizarlos.

¿Qué más haría ahora?

¿Iría a Ginebra para hacerse cargo del dinero o manipularlo de alguna manera? Porque él mismo había dicho que estaría en París solamente de paso… Sí, seguramente seguiría viaje hacia Ginebra.

¿Quién o quiénes le esperaban allí? ¿Quiénes eran, qué pretendían hacer con tres mil millones de dólares?

La señorita Connors se puso en pie, y recorrió el pasillo del avión. Poco después, entraba en los servicios, en uno de cuyos inodoros, desmenuzado, tiró el cablegrama recibido poco antes.

Ya tenía localizado al hombre a cuyo nombre estaba la cuenta clave.

Capítulo IV

—¿No quieres que volvamos a vernos? —murmuró ella.

—Tengo la impresión de que vas a estar muy ocupada —sonrió él.

—Me gustaría volver a verte —insistió ella—. Y esta vez… por deseo sincero, sin necesitarte como… espantapájaros.

—¡Ésta es buena! —rió Félix Miguel—. ¡Te hago un favor, y encima me llamas espantapájaros!

—Ha sido un modo de hablar —rió también ella, mirando con fijeza de uno a otro los castaños ojos masculinos—… Félix: ¿no deseas volver a verme? Dime la verdad, por favor.

Félix Miguel titubeó. Hasta el momento, ninguna complicación. Habían llegado a París, él se había mostrado como acompañante de Lili, y nadie se había acercado a molestar a la muchacha. Hasta el punto de que Félix Miguel llegó a pensar que todo había sido una argucia de ella para relacionarse con él. Bueno, él se había enamorado de ella nada más verla llegar junto al avión, así que… ¿por qué no podía ella haberse enamorado de él? Sólo que, mientras él tenía cosas muy importantes que hacer y que no permitían la menor distracción, ella, simplemente, no se resignaba a que todo terminase así. Esto era más lógico y más humano que lo que hacía él, de modo que, por fin, musitó:

—Dime dónde puedo encontrarte en París dentro de tres o cuatro semanas.

—¿Tres o cuatro semanas? ¿Dónde vas a estar tanto tiempo?

—Lili, no me hagas más preguntas. Si quieres que volvamos a vernos, simplemente dime dónde puedo encontrarte dentro de un mes.

—No sé dónde me instalaré…, pero puedo apuntarte un número de teléfono donde podrás localizarme.

—De acuerdo. Pero no apuntes nada. Dime ese número.

—Es el 887-89-17.

—De acuerdo. Adiós.

Ella seguía mirándole fijamente, sin moverse.

Estaban en el vestíbulo del aeropuerto de Orly, tras haber cumplido ya todos los trámites de llegada. Ninguno de los dos había tenido problema alguno, todo normal. Por los altavoces sonaban las indicaciones habituales, en inglés y francés. Como siempre, el movimiento en Orly era incesante, apretado. Afuera, la noche ofrecía un aspecto neblinoso y frío, pese a la primavera recién empezada.

—Adiós —insistió Félix Miguel.

Ella se abrazó a su cuello, y lo besó en la boca. Félix Miguel estaba rígido, pero sus labios parecieron derretirse al contacto con los de Lili Connors.

Ésta separó su boca de la de él, se inclinó para recoger su pequeña maleta y el maletín rojo con florecillas azules que había dejado encima, y se alejó de Félix Miguel, sin volver la cabeza.

Había llegado el momento del relevo. Si él no la llamaba, había llegado el momento del relevo, porque ella no podía pedirle que le permitiera acompañarlo. Sería demasiado sospechoso. Esto aparte, sabía con toda certeza que él de ninguna manera la iba a aceptar a su lado. Tenía algo que hacer con los tres mil millones de dólares, y ella no entraba en esos planes… De modo que había llegado el momento del relevo: los Simones se encargarían ahora de mantener bajo control al señor Navarro Salvatierra.

De modo que Lili Connors salió del edificio del aeropuerto, y, en el acto, los dos hombres se acercaron a ella. Por un instante, pensó que eran dos Simones que acudían a darle la bienvenida y los últimos informes, pero fue sólo un instante. Aquellos dos sujetos no podían ser compañeros suyos de la CIA. Ni por aproximación, vamos. Además, ni siquiera eran norteamericanos…

Pero le hablaron en inglés:

—Palomita —dijo uno de ellos, el más alto—, tómate las cosas con calma y todo irá bien. ¿De acuerdo?

—¿Perdón? —Simuló desconcertarse Lili—. ¿Qué dice usted?

—Dice —intervino el otro— que si organizas follón va a ser peor para ti. De modo que escucha bien: vamos a caminar un poco, llegaremos a un coche, subiremos los tres a él, y daremos un paseo

durante el cual conversaremos. ¿Lo has entendido?

—Sí, pero… no entiendo, no les conozco a ustedes…

—Si es por eso —sonrió el más alto—, vamos a solucionarlo. Yo soy Doroteo y éste es Teodoro. ¿De acuerdo?

—Bueno, sí, pero… pe… pero si esto es un secuestro…

—Sólo queremos conversar un poco sobre Félix Miguel Navarro. ¿Lo conoces?

—Oh, sí, él es…

—Ya vale —Doroteo se hizo cargo de la maleta de Lili—. Camina. Y no te compliques la vida, créeme.

Echó a andar. Lili le siguió, con Teodoro a su lado. Un poco más allá, de pronto, Lili sí vio a dos atléticos agentes de la CIA, uno de los cuales la miraba fijamente, pidiéndole permiso para intervenir. Ella no reaccionó en modo alguno, de modo que los ceñudos Simones la dejaron pasar en compañía de sus desconocidos captores.

Poco después, en efecto, los tres entraban en uno de los coches estacionados en la zona. Teodoro pasó al volante, y Doroteo se sentó en el asiento de atrás junto a la bella y «asustada» rubia…, que de habérselo propuesto podía haber matado a los dos hombres en menos de un segundo. El coche arrancó.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Doroteo.

—Lili Connors.

—¿Eres norteamericana? ¿De veras? —Pareció sorprenderse el otro—. ¿Y qué pintas tú en todo este asunto con el señor Navarro?

—¿Qué… qué asunto?

Doroteo se quedó mirándola fijamente. Al volante, Teodoro también la miró, utilizando el espejo retrovisor.

Estaban accediendo a la autopista.

—Eso es precisamente lo que queremos saber —dijo Doroteo—: el asunto que está movilizando al señor Navarro.

—No sé de qué me está usted hablando, señor. Yo he conocido al señor Navarro en el vuelo Miami-París, nos… nos hemos hecho amigos, hemos convenido que él me llamará dentro de unos días, y eso es todo. ¿Me he metido en algún lío? ¿Quiénes son ustedes?

Doroteo soltó un gruñido, encendió la luz del interior del coche, y tras arrebatarle el maletín a Lili lo abrió y comenzó a examinar su contenido. En modo alguno pudo acceder al doble fondo con

revestimiento especial que permitía portar cosas sin que ni siquiera los detectores de los aeropuertos las percibiesen… De modo que la pistola de cachas de madreperla, dinero y más pasaportes a diversos nombres permanecieron fuera del alcance de las manazas del tal Doroteo…, que no supo ver peligro alguno en los «inofensivos» objetos que pasaron por ellas. Como por ejemplo, el cepillo para el cabello que, apretando el mango de determinado modo, hacía salir un agudo estilete de acero…

—Parece que dice la verdad —masculló Doroteo.

—¿Qué hacemos? —Se molestó Teodoro, hablando ahora en español—. ¿La llevamos por ahí y la descargamos, o la llevamos al almacén?

—Vamos al almacén. No podemos dejarla marchar como si nada hubiera ocurrido.

—Pues liquidémosla y en paz.

Al decir esto Teodoro, Doroteo miró a Lili, estudiando su reacción, para deducir así si ella entendía el español. Pero la bella rubia permaneció igual en todo momento, preocupada, mirando de uno a otro como quien no entiende nada de nada pero teme cualquier cosa.

—De momento vamos al almacén —insistió Doroteo—. Si los otros han hecho las cosas bien nos reuniremos todos allá, y veremos qué conviene hacer en conjunto. ¡Mierda de París, qué difícil es todo aquí!

—No te quejes tanto, que teniendo en cuenta cómo han ido las cosas y lo precipitadamente que hemos tenido que hacerlo todo, no podemos quejarnos: todo nos está saliendo bien. Y no digamos al jefe, después de su fracaso en Miami…

—Si oye que dices que ha fracasado, te corta los huevos —rió Teodoro.

—¿Acaso no es cierto que ha fracasado en Miami? Él personalmente sale detrás de Navarro para vigilarlo, y resulta que en Miami Navarro se le convierte en humo, y ya no lo vuelve a ver hasta que reaparece en su hotel. Y ni puta idea de lo que Navarro ha estado haciendo el tiempo que ha estado ausente. Luego, por la mañana, cuando está dispuesto a que esta vez Navarro no lo despiste, resulta que Navarro se va al aeropuerto y toma un avión a París…

—¡Eso sí es dejarlo con mil palmos de narices! —volvió a reír Teodoro.

—Pero el jefe, que es tan listo, nos llama a nosotros a España, donde estamos haciendo otras cosas, y nos ordena que vengamos inmediatamente a París a esperar a Navarro, que llega en el vuelo tal de la compañía tal… Llegamos a Orly, y al poco, allá que nos aparece Navarro. ¿Eso no es tener suerte?

—Tienes razón —admitió Teodoro—. Pero sigo preguntándome quién es la palomita y qué pinta en todo esto. ¿Crees que ella sabe lo que está tramando Navarro?

—Me parece que no. Ella es una de esas jovencitas putitas que cuando les gusta un hombre se van con él a la cama y asunto terminado.

—O empezado. Porque a lo mejor se gustan mucho y luego siguen jodiendo una larga temporada. Pero me extraña una cosa así en Navarro: por lo que sabemos de él, es un hombre muy serio y concentrado, de los que no pierden la cabeza por un par de pechos más o menos.

—O sea, que tú crees que la palomita tiene algo que ver con lo que sea que esté tramando Navarro.

—Hombre, está muy buena, y a lo mejor sí que esta vez Navarro simplemente ha hecho una conquista para la cama, pero… No sé. Además, ella tiene cara de lista. No me gustan las mujeres listas.

—Pues a mí ésta me gusta muchísimo. A lo mejor nos la tiramos.

—Déjate de tonterías. El jefe llegará a París desde Miami en cuanto consiga un vuelo, y no le gustará ver que complicamos las cosas con asuntos de sexo… ¡Bastante complicada tiene ya la vida por culpa de Navarro!

—Estamos llegando al Boulevard Peripherique —advirtió Doroteo—, así que deja de charlar y mira por dónde vamos.

—No hay problema. El almacén está entre el Peripherique y el Boulevard Jourdan, en esa calle que en la esquina tiene un anuncio de un cine… Seguro que seremos los primeros en llegar. Oye, qué callada está la palomita.

Doroteo miró a Lili, que le devolvió una mirada de muchacha preocupada y totalmente desconcertada. El sujeto movió la cabeza con un gesto de duda, y eso fue todo.

Minutos más tarde, Teodoro detenía el coche ante una puerta

metálica enrollable. Doroteo se apeó, la alzó, y Teodoro entró en el almacén con el coche. Doroteo bajó la puerta, y encendió una luz, una simple bombilla en el techo. El almacén, con cajas vacías, neumáticos viejos y diversos cachivaches, debía de tener unos ciento veinte metros cuadrados, y no podía resultar más destartalado y lúgubre. Al fondo había una pequeña oficina aislada con tabiques desmontables, y junto a ella, una escalera de madera ascendía, desapareciendo por un hueco del techo. Seguramente había ratas en aquel lugar.

Teodoro condujo el coche hacia el fondo, quedando muy cerca de la oficina y de la pringosa escalera, y apagó el motor. Se volvió hacia Lili.

—Apéate, palomita —habló de nuevo en inglés—. ¿Quieres un trago?

—¿De qué? —preguntó ella.

—Ésta sí que es buena —se pasmó Teodoro—. ¡Te ofrezco un trago y todavía me vienes con exigencias! ¿Qué más da de lo que sea?

Lili Connors no contestó. Agarró su maletín como por puro automatismo, y se apeó. Doroteo llegaba de bajar la puerta, y señaló hacia la oficina. Fue el primero en entrar, y encendió la luz, una lámpara mugrienta en un rincón, y luego un horrendo tubo fluorescente en el techo.

—Joder, qué mierda de lugar —masculló.

—Sigue quejándote. Si ese franchute no nos hubiera debido el favor, no tendríamos ni esto.

Abrió un armarito, del cual sacó una botella de coñac y unos vasos pequeños, de grueso cristal. Miró a Lili, que movió negativamente la cabeza. Teodoro sonrió irónicamente y encogió los hombros. Él y Doroteo bebieron coñac, y encendieron sendos cigarrillos de una marca española. Pero ellos no eran españoles. Habían estado operando en España, eso era todo. Pero operando… ¿en qué? La única respuesta que se le ocurría a Lili era que podían ser agentes secretos, por supuesto de un país latinoamericano. O sea, que eran de San Salvador, como Félix Miguel Navarro…

El otro coche no tardó más de cinco minutos en llegar. Entró en el almacén, quedando detrás del utilizado por Doroteo y Teodoro. Se apearon dos hombres, uno que había conducido y otro que había

viajado en el asiento posterior. De aquí también se apeó Félix Miguel Navarro, que enseguida miró hacia la oficina, y vio, a través de los sucios cristales de ésta, a Lili Connors, que a su vez lo miraba a él. Le indicaron a Navarro que entrase en la oficina, y enseguida él fue hacia Lili y la tomó por los brazos.

—¿Estás bien? —murmuró.

—Sí. Pero estos hombres…

—Tranquilízate. Es a mí a quien buscan, y ya les he dicho que tú no tienes nada que ver conmigo. Siento que te hayan asustado.

—Pero… ¿qué está pasando, qué quieren?

—No te preocupes. Ahora te dejarán marchar.

Se volvió hacia Teodoro, Doroteo, y los otros dos, que se habían agrupado y cuchicheaban, por supuesto en español. Lili Connors miró directamente a los ojos de Félix Miguel Navarro. ¿Realmente él creía que a ella la iban a dejar marchar? No podía ser tan ingenuo…

—Bueno —se dirigió de pronto a ellos Doroteo—, siéntense los dos ahí, y tómenselo con calma. Tendremos que esperar que llegue el jefe.

—Un momento —frunció el ceño Navarro—… Yo no he ofrecido resistencia en ningún momento porque me ofrecieron dejar en paz a la señorita Connors…

—Cierre la boca, ¿quiere? —Gruñó uno de los que le habían acompañado—. Los seis vamos a esperar al jefe, y eso es todo. Aunque tarde horas o días.

—¿A qué jefe se refieren? Supongo que a Honorato Pérez, ¿no?

—Usted es un maldito traidor a la patria que está tramando algo —se le acercó Teodoro—, y no vamos a darle explicaciones. Salvo una: si no se calla le vamos a dar una paliza que le saldrán las entrañas por la boca. ¿Me ha entendido?

Félix Miguel Navarro lo miró. Y eso fue todo. Teodoro soltó un gruñido, y se alejó de él de mala gana, como si lo que en realidad quisiera fuera darle una paliza. Los otros dos sujetos también estaban bebiendo coñac. Uno de ellos fue a sentarse tras la mesa, y miró el teléfono. El otro propuso salir a comprar unos bocadillos, propuesta que fue aceptada. Teodoro y Doroteo miraban hoscamente a Lili y a Félix Miguel, especialmente a éste. Lili decidió sentarse en un pequeño sofá polvoriento, y Navarro lo hizo a su

lado.

—¿Puedo fumar? —preguntó Lili.

—Fuma y calla —dijo Doroteo.

Ella abrió el maletín, tiró suavemente del cigarrillo que activaba la pequeña radio camuflada dentro del paquete, y dijo enseguida, antes de que los Simones tuvieran tiempo de hacer preguntas:

—O sea, que esta situación puede durar horas.

—Te he dicho que fumes y calles —dijo Doroteo.

Ella retiró un cigarrillo auténtico, y lo encendió. Por supuesto que ya no cerró la radio, de modo que sus Simones, que por supuesto debían de haberla seguido a ella y a Navarro, lo oirían todo a partir de ese momento. Y por supuesto también que habían entendido que debían permanecer en silencio y a la expectativa, a la espera de instrucciones concretas.

Mientras fumaba, Lili Connors analizó rápidamente la situación: si permitía que llegase el jefe de aquella gente, serían cinco hombres por lo menos, lo que dificultaría la intervención de sus Simones. Por otra parte, no le interesaba que los Simones intervinieran, pues entonces Navarro comprendería que ella formaba parte del juego, y precisamente del lado de la CIA, y ella perdería la relativa confianza que él pudiera haber depositado en ella hasta el momento. Claro que si la CIA cazaba a Navarro, la situación podía zanjarse rápidamente… ¿O no?

¿Podían estar ciertos de que una vez capturado Navarro éste les facilitaría la suficiente información para llegar al fondo del asunto? ¿Poseía Navarro esta información, era una pieza tan importante, o sólo un eficaz gestor, pero no director del asunto?

La señorita Connors podía elegir: o resolver drásticamente la situación haciendo intervenir a sus Simones… o seguir jugando el juego a su manera. Y decidió esto último.

—¿Quieres un cigarrillo? —ofreció a Navarro.

Éste la miró, asintió, y bajó acto seguido la mirada hacia la mano de Lili, que retiraba un cigarrillo del paquete que contenía la radio. Pero, al mismo tiempo que veía el cigarrillo que Lili le ofrecía, Félix Miguel captó el temblor en la mano de la rubia. La miró vivamente, la vio poner los ojos en blanco, y relajarse y rodar por el suelo. Navarro se puso en pie rápidamente, lanzando una exclamación.

—Quieto ahí —gruñó Doroteo—. ¿Qué le pasa a la palomita?

—Deja que le eche un vistazo —rió Teodoro—. Debe de haberse desmayado de miedo.

Se acuclilló junto a ella, y le dio unas palmaditas en las mejillas, y acto seguido le acarició los pechos, sonriente.

—Hey, palomita…

Ella abrió los ojos, vio a Teodoro, gritó histéricamente, y saltó contra él, clavando las uñas de ambas manos en las mejillas del sobresaltado personaje, que al querer apartarse de ella cayó sentado.

Doroteo ni se enteró de lo que siguió, porque Navarro se desplazó hacia él velozmente, y con el borde de la mano derecha le aplicó un golpe horizontal que le alcanzó de lleno en la garganta y lo derribó sin sentido y al borde de la muerte… Teodoro, sentado, gritó al ver esto, pero no pudo hacer nada, porque Lili se le echó encima sin dejar de gritar y lanzándole zarpazos. El otro sujeto, que se había sobresaltado especialmente al ver la acción de Navarro contra Doroteo, dejó caer su vasito de coñac y llevó la mano derecha a la axila izquierda…

Estaba sacando la pistola cuando Félix María, girando, llegaba ante él, terminando el giro con un escalofriante puntapié en plenos testículos del sujeto, que lanzó un bramido, se encogió soltando la pistola, y comenzó a caer hacia delante. Con un rodillazo en la cara, Navarro desvió su trayectoria, derribándolo de costado y sin sentido en el rincón donde estaba la lámpara de pie, que cayó al suelo, iluminando de un modo fantasmagórico a Teodoro y Lili, quien, al parecer presa de la histeria, seguía controlando «milagrosamente» a Teodoro.

Félix Miguel se apresuró a recoger la pistola del suelo, y apuntó hacia Teodoro y Lili.

—¡Aparta! —gritó—. ¡Déjalo para mí!

Lili lo miró, pareció despertar de una pesadilla, y se puso en pie de un salto. Teodoro lanzó una maldición, y se colocó de costado, mirando a Navarro, que le apuntaba con la pistola de su compañero.

—¡Me cago en tus…! —aulló Teodoro, echando mano a su pistola.

¡Crack!, sonó el estampido del disparo efectuado por Félix

Miguel. La bala impactó en el pecho de Teodoro, éste gritó dando un brinco, cayó retorcido, y quedó inmóvil. Navarro miró a Lili.

—¡Vámonos de aquí, pronto! —exclamó.

—Pe-pero… Espera que… que recoja mis cosas… ¡Oh, Dios mío! —Cayó de rodillas como a punto de «desmayarse» de nuevo, y recogió los objetos que habían saltado del maletín, asegurándose de que la radio seguía abierta—. Todo esto es horrible, no… no comprendo qué ha pasado… Vi a ese hombre inclinado sobre mí y… y pensé… ¡Ni yo misma sé lo que he hecho!

—Pues aunque así sea, ha resultado suficiente para que yo pase a controlar la situación —dijo Navarro—… ¡Vamos, Lili, no podemos perder tiempo, el otro va a volver en cualquier momento!

—Sí, sí, ya… ya voy…

Terminó de recogerlo todo dentro del maletín, mientras Navarro salía corriendo del despacho. Lili aprovechó inmediatamente para acercar la radio a su boca y susurrar:

—Vigilen de lejos a esta gente y déjenme seguir con Navarro. ¿Entendido?

—Completamente.

Lili cerró la radio, hizo lo mismo con el maletín, y salió corriendo, en pos de Navarro, que había llegado a la puerta del almacén y estaba subiendo la puerta de hierro.

—¡Ponte al volante! —le gritó—. ¡Y arranca!

Lili obedeció. Navarro alzó la puerta, ella dio marcha atrás, y sacó el coche en el que habían llegado Navarro y sus captores. Navarro bajó de nuevo la puerta enrollable, y fue a sentarse junto a Lili, que le miró con expresión desorbitada.

—¡Vamos, vamos, larguémonos! —exclamó él.

—Pe-pero… ¿a-adónde…?

—¡A cualquier sitio, de momento! ¡Arranca ya!

De nuevo arrancó Lili Connors, y el vehículo se alejó rápidamente del lugar.

El cielo amenazaba lluvia sobre París.

Estaba lloviznando cuando Lili detuvo el coche en aquel lugar al que habían llegado siguiendo las indicaciones de Félix Miguel. En la distancia se veían las luces de la Torre Eiffel.

—Espera aquí —dijo Navarro—, y cuando saque el coche pon éste en su lugar.

Se apeó. Lili le vio acercarse a uno de los automóviles en batería, un Renault 25, y abrir la portezuela. Cuando Navarro sacó el coche, ella colocó el otro, apagó el motor, y se apeó. Navarro ya estaba junto a ella, le pidió las llaves, y fue a abrir el maletero, del cual sacó su equipaje.

—¡Oh! —Exclamó Lili—. ¡El mío se quedó en el coche de Teodoro y Doroteo…!

—No te preocupes. Te proporcionaré todo cuanto necesites. Toma, cierra ese coche y ven al mío. Dame tu maletín, lo pondré con mis cosas.

—Pe-pero yo… no comprendo…

—Tenía este coche esperándome aquí hace días —explicó él, colocando en el maletero del Renault 25 las cosas que había recuperado del otro coche—, pera ir con él a mi destino. Vendrás conmigo, Lili.

—¿Adónde?

—Ya lo verás.

—Pero me… me están esperando para…

—No puedes quedarte en París —cerró el maletero Navarro—. Entra en este coche. Yo conduciré.

Le quitó de las manos las llaves del otro coche, que fue a cerrar. Luego, tiró las llaves por una alcantarilla cercana. Cuando regresó, Lili estaba sentada en el asiento contiguo al del volante. Félix Miguel Navarro dio el encendido, y el Renault 25 se puso en marcha. Arrancó. Miró a Lili, que estaba como alucinada. De pronto, ella le miró, y Navarro sonrió.

—Lo siento —dijo dulcemente—… De verdad lo siento, Lili, pero no puedes quedarte en París, pues podrían matarte. Y supongo que valoras más tu vida que esa ocasión publicitaria…, que dentro de poco seguramente podrás recuperar.

—Dios mío —exclamó ella de pronto, abriendo aún más los ojos —… ¡Has matado a dos hombres, Félix Miguel!

Él asintió, y no contestó.

Poco después, circulaban por la autopista en dirección a Orly. En Orly, Félix Miguel Navarro dejó el Renault 25 estacionado y pasaron a otro coche, un BMW blanco.

Es decir, que Navarro tenía coche esperándole en Orly y en París, lo que indicaba bien claramente que tenía previstas todas las

contingencias. O casi todas. Lili no hizo el menor comentario, pero comprendió perfectamente que si no hubieran intervenido Doroteo y sus amigos Navarro habría utilizado directamente el BMW, es decir, que no habría llegado a París. Por eso no había querido tomar un taxi con ella hasta la capital, por eso había insistido tanto en que se despidieran allí tras comprobar que nadie esperaba en Orly para importunar a Lili…

Con el BMW regresaron a la autopista, y emprendieron la ruta hacia el sur. Pareció que finalmente Navarro se relajaba. Miró a Lili y sonrió.

—¿Estás asustada?

—Asustada y preocupada —le miró ella—. ¿Quién… qué eres tú? Sé que me he metido en un lío, pero… ¿en qué clase de lío?

—No te preocupes por nada —dijo Félix Miguel, apretándole suavemente un muslo—. Ni siquiera por ese trabajo de chica de fotografía en color. Cuando todo esto termine tendremos tanto dinero que ni siquiera podremos contarlo.

—¿Qué es para ti tanto dinero? ¿Un millón de dólares?

—¿Un millón? —Félix Miguel Navarro se echó a reír—. ¡Cariño, dentro de muy poco tendremos un respaldo de más de veinte mil millones de dólares…!

Claro que no todo será para nosotros, pero… Bueno, si una persona maneja veinte mil millones de dólares comprenderás que un millón le parezca una miseria, ¿verdad?

—Me parece —suspiró Lili Connors— que acabo de ser secuestrada por un loco.

Félix Miguel Navarro volvió a reír, jubilosamente. Lloviznaba en la autopista que se deslizaba hacia el sur.

Capítulo V

Faltaban pocos minutos para las cinco de la madrugada cuando llegaron a destino.

Había estado lloviendo durante todo el viaje, y ahora persistía la lluvia, fina y fría. Lili Connors, que había dormitado a ratos mientras viajaban por la autopista París-Lyon, ya no había dormido ni un segundo desde que a la altura de Lyon habían abandonado la autopista, en dirección a Mâcon. Desde aquí se habían dirigido hacia Bourg-en-Bresse, y luego, viajando hacia el sur de esta localidad, habían alcanzado y dejado atrás la pequeña localidad de Saint André-le-Bouchoux. La lluvia parecía envolverlo todo, y provocaba en Lili Connors presagios de tristeza y soledad.

Cuando el coche se detuvo por fin, se hallaban ante unas verjas metálicas rematadas con puntas de lanza, formando una artística entrada que las luces del coche iluminaron. Utilizando las luces largas, Félix Miguel lanzó unas señales a través de las verjas, hacia el fondo de la propiedad. Con las ráfagas de luz, Lili alcanzó a vislumbrar a lo lejos la mancha blanca de una casa grande, una mansión probablemente.

Las verjas fueron abiertas electrónicamente desde la casa, y Félix Miguel entró en la villa y circuló, ya lentamente, hacia la casa, es decir, la fastuosa construcción que bien pronto quedó perfectamente iluminada por las luces del coche. Éste se detuvo frente al pórtico, único lugar en el que había luz. El resto de la villa permanecía a oscuras, y los castaños y abetos formaban sombras impresionantes.

—Ya hemos llegado —dijo Félix Miguel, mirando sonriente a Lili —… Te has dormido varias veces durante el camino.

—¿Dónde estamos?

—En Saint André-le-Bouchoux.

—Sí, eso ya lo he visto en algunos indicadores del camino, pero… ¿qué es esta construcción? ¿Un castillo?

—Sólo una villa —rió él—. ¿Estás bien?

Ella iba a contestar cuando la luz de una linterna penetró en el coche, iluminándolos. Fue apagada enseguida, y acto seguido alguien abrió la portezuela del lado de Félix Miguel, desde afuera.

—Bien venido, señor Navarro —dijo una voz en español—. Hemos avisado de su regreso al señor Medrano.

—Está bien —asintió Félix Miguel—, pero no hacía falta molestar a Filiberto, ya nos habríamos visto al mediodía. Lleven el coche al garaje.

—Sí señor.

Félix Miguel se apeó, rodeó el coche, y abrió la portezuela del lado de Lili Connors, que miraba hacia los hombres bien protegidos por impermeables que habían aparecido de la oscuridad, y uno de los cuales, utilizando una linterna, se había cerciorado de la personalidad del conductor del vehículo. Lili se apeó, y Navarro la tomó de un brazo y corrieron hacia la puerta de la villa. La lluvia era pertinaz y espesa, pero mansa, como dulce, como romántica. Un hombre abrió la puerta desde dentro, apenas ellos alcanzaron el pórtico; este hombre no llevaba impermeable, pero sí una metralleta colgando del cuello cruzada ante el pecho.

—¿Qué tal, Leval? —Saludó Navarro en francés—. ¿Todo bien?

—Sí señor —habló el tal Leval también en francés—, por aquí no ha habido ninguna novedad.

—Mejor. Echa un vistazo en la cocina, a ver si encuentras café hecho para la señorita y para mí. ¿Todos los hombres están en sus puestos?

—Por supuesto, señor.

Félix Miguel y Lili entraron en un saloncito muy confortable y agradable. Ella se sentó en un sillón, abrió su maletín, y sacó cigarrillos. Encendió uno, y miró a Félix Miquel, que estaba sirviendo *whisky* en dos vasos. Ofreció uno a Lili, que negó con un gesto. En ese momento entró un hombre en el saloncito. Alto, delgado, atlético, casi tan atractivo como Navarro y de su edad aproximada; llevaba puestos unos pantalones oscuros, calzaba zapatillas, y por debajo de su bata puesta de cualquier manera se veía un jersey de cuello alto. Este hombre y Navarro acudieron uno al encuentro del otro, y se abrazaron, en silencio. Ni una palabra, sólo un abrazo que no podía ser más expresivo de una amistad vieja

y sólida.

Luego, el recién llegado miró a Lili. Navarro rió.

—Ella es Lili Connors, una chica norteamericana que ha perdido una buena oportunidad profesional por mi culpa. Lili, él es Filiberto Medrano, mi amigo de toda la vida y socio en esta empresa.

—¿Qué tal? —Se dirigió a ella amablemente Medrano, hablando en un inglés tan fluido como el de Navarro, y tendiéndole la mano —. Acabo de interpretar que se ha metido usted en dificultades, señorita Connors.

—Eso creo yo también —le sonrió ella—, pero no sé cuáles. En cualquier caso, supongo que era mi destino complicarme la vida.

Medrano la miraba amablemente, sonriente, pero había en sus ojos oscuros una inteligente expresión escrutadora, especulativa. Leval llegó con la noticia de que dentro de unos pocos minutos les serviría café. Navarro y Medrano se sentaron, y el primero explicó al segundo lo sucedido desde que tomara el avión en el Miami International Airport. Cuando terminó, ya estaban todos tomando café y fumando. Medrano, que tenía el ceño fruncido, dijo:

—Pero no me has explicado qué estuviste haciendo en Miami esos días, Félix.

—Pequeñas gestiones de las que te informaré en otro momento. Mientras tanto, supongo que aquí todo se ha ido desarrollando conforme a mis instrucciones.

—Claro. Prácticamente todo está a punto: tenemos los grupos, las fotografías, las cintas de video… Todo. Cada grupo está preparado para entrar en acción en cuanto tú les facilites las instrucciones concretas.

—¿Quieres decir que tú no les has facilitado todavía esas instrucciones?

—No.

—¿Por qué? —Casi se enfadó Félix Miguel—. ¡Convinimos que durante mi ausencia…!

—Espera, Félix. Ya sé que convinimos que yo iría instruyendo esos grupos de hombres, pero preferí esperar tu regreso, pensando que quizá cambiarías de idea.

—¿Cambiar de idea? ¡Maldita sea, Fil, no entiendo de qué estás hablando! ¿Por qué tendría que cambiar de idea? ¡Te dije bien claramente lo que yo quería hacer, te pedí ayuda, me dijiste que

estabas de acuerdo, te he metido en mis planes sin reparo alguno…, y ahora me sales con esas de cambiar de idea! ¿Por qué malditos demonios tendría que cambiar de idea?

—Bueno, no sé… Me pareció que cuando te marchaste tenías intenciones de hacer algunas gestiones o acuerdos en la patria, y que quizá… encontraras soluciones mejores que las que me explicaste hace un par de meses.

—No me he dedicado a nada de eso, por la sencilla razón de que no hay soluciones mejores ni peores. Solamente existen las soluciones que te dije desde el principio.

—Pero Félix —habló ahora de pronto en español Medrano, sin duda pensando que Lili no le iba a entender—, eso que pretendemos hacer es… una traición a la patria.

—Si prefieres retirarte del asunto puedes hacerlo ahora mismo —replicó secamente Navarro, también en español.

—¡Es que ni siquiera me has explicado el asunto completo! —protestó Filiberto—. Por ejemplo, no sé qué has estado haciendo estos días. Te fuiste de aquí, regresas, y yo sigo sin saber a qué atenerme. Lo que sí sé es lo que estamos preparando con esa gente…, ¡y eso es lo que menos me gusta!

—Yo me encargaré también de esa parte en cuanto haya descansado unas horas.

—O sea, que no quieres decirme lo que has estado haciendo en Miami estos días.

—Fil, somos amigos prácticamente desde que nacimos, hemos estudiado juntos tanto en casa como en Estados Unidos, hemos tenido aventuras y tropiezos de los que dan risa y de los que producen lágrimas, hemos comido en el mismo plato, hemos dormido en la misma cama… Para estar más unidos sólo nos faltaría ser homosexuales y enamorarnos uno del otro…

—¡Vamos, Félix, déjate de tonterías…!

—Te lo diré de este modo —suspiró Navarro—: si quieres continuar a mi lado aceptando la situación y mis decisiones, bien, estupendo y gracias. Pero yo, por el momento, no pienso decirte más cosas de las que te he dicho.

—Es decir, que tú esperas que yo confíe plenamente en ti, pero tú no confías plenamente en mí.

—No se trata de eso, Fil, pero no pienso decirte nada más.

—Por el amor de Dios, estamos planeando un montón de asesinatos, Félix, y yo quisiera que me explicaras…

—No quiero hablar más del asunto. ¿Y sabes una cosa, ya que tanto insistes?: casi preferiría que te retiraras y me dejaras solo al frente de todo.

Filiberto Medrano palideció intensamente, hasta el punto de que pareció talmente un cadáver. Durante unos segundos estuvo mirando fijamente a su amigo de toda la vida, que le sostuvo fríamente la mirada. Por fin, Medrano musitó:

—Me iré por la mañana.

—Perfecto —asintió Félix Miguel Navarro.

Filiberto Medrano miró a Lili, se despidió de ella con una inclinación de cabeza, y abandonó el saloncito. Navarro sonrió a Lili.

—Será mejor que también nosotros nos retiremos a descansar.

—Tu amigo se ha enfadado mucho, al principio…, y al final se ha entristecido. Me parece que le has herido profundamente, Félix Miguel.

—Tonterías. Cosas de amigos.

—¿Son cosas de amigos planear un montón de asesinatos? —Deslizó suavemente Lili Connors—. Y además, al parecer, estás planeando una traición a tu patria, de lo que también te acusaron aquellos hombres del aeropuerto.

—De manera que entiendes el español…

—Lo entiendo y lo hablo perfectamente, como puedes comprobar —habló Lili ahora en español.

—Eres una chica muy lista.

—No hace falta ser demasiado listo para hablar idiomas. Simplemente, se aprenden.

—Ya. Y… ¿cuántos idiomas más has aprendido?

—La verdad es que también hablo un poco de francés y un poco de italiano, y algo de alemán.

—¿Hablas alemán? ¿Lo suficiente para entenderte con cualquiera en ese idioma?

—Creo que sí. Félix: ¿qué es eso de los asesinatos…?

—Espera, cariño, espera… ¿Crees que te voy a decir a ti lo que no he querido decirle a mi amigo de toda la vida?

—Comprendo. Entonces, quizá sería conveniente que yo también

me fuese de aquí por la mañana, con tu amigo Filiberto.

—Ni hablar de eso —sonrió de pronto Félix Miguel Navarro—… A Filiberto puedo dejarlo marchar porque tengo la absoluta certeza de que él no hará nada que pueda perjudicarme, pero en definitiva… ¿quién eres tú? Hace veinticuatro horas ni siquiera te conocía, así que no sería razonable confiar en ti.

—¿Quieres decir que vas a retenerme en este lugar contra mi voluntad?

—Digamos que tengo mucho gusto en tenerte como invitada —sonrió de nuevo el atractivo atleta—. Y por otra parte, se me ocurre que quizá querrías… colaborar un poco conmigo, haciendo de intérprete. Yo también hablo varios idiomas, pero el alemán no es uno de ellos, siempre me ha resultado muy abstruso. Y precisamente tendré que ir en breve a un lugar donde se habla alemán de modo predominante… ¿No querrías acompañarme?

—Esto es increíble —terminó por sonreír a su vez Lili Connors—. Se puede decir que me has secuestrado, por tu culpa he perdido la oportunidad de mi vida en mi profesión, pretendes llevarme a Alemania…, y todo ello tratándome como si yo fuese una especie de… esclava o de robot sin pensamientos ni sentimientos. De modo que quiero decirte algo: si tú no tienes sentimientos, allá tú, pero yo si tengo, y por tanto…

—Yo también tengo sentimientos —murmuró Navarro—, pero lo que estoy haciendo ahora requiere absolutamente toda mi atención y concentración. Así que dejaremos ese tema sentimental para su momento, y simplemente, dime: ¿te quedas conmigo y me acompañarás a Suiza, sí o no?

—¿A Suiza? Yo creía…

—¿Sí o no, Lili?

—Sí —suspiró ella—… Y te aseguro que no lo hago por esos fantásticos veinte mil millones de dólares…, o por los que puedan quedarte después de todo este asunto que no entiendo pero en el que se incluyen asesinatos.

—¿Por qué lo haces?

—Hace años escuché una canción muy bonita que se titulaba Para cada hombre hay una mujer, y que entre otras cosas decía: «… y para cada mujer, un hombre». Creo que yo he encontrado al hombre que podría soñar. Estas cosas ocurren, Félix.

—Sí, lo sé —murmuró él—. Te acompañaré a tu dormitorio, arriba.

Ella le miró como incrédula, pero no dijo nada. Recogió su maletín, y se dirigió hacia la puerta. Poco después, Félix Miguel la introducía en uno de los dormitorios vacíos de la planta superior, y cuando ella fue a decir algo le tomó el rostro entre las manos, la besó en los labios, y susurró:

—Cada cosa a su tiempo, Lili. Buenas noches.

—Buenas noches —susurró también ella.

La puerta se cerró, y Lili Connors quedó sola.

Entró en el cuarto de baño anexo, colocó el maletín sobre el lavabo, y lo abrió. Podía colocar en la pequeña radio el suplemento y conseguir así comunicar hasta cien millas de distancia, lo que implicaba alcanzar hasta Lyon, donde sin duda alguien de la CIA recibiría la llamada. Pero no le pareció oportuno, por el momento.

Lo que sí le pareció oportuno a la señorita Connors fue sacar del maletín la pequeña y silenciosa pistola de cachas de madreperla, que adhirió a su muslo izquierdo por medio de un par de tiras de esparadrapo color carne.

A fin de cuentas, tampoco era una mala compañía para dormir. Y cuando se hablaba de «asesinatos» con tanta naturalidad, más valía estar prevenida.

Hacia las nueve y media de la mañana Lili vio, por la ventana de su dormitorio, a Filiberto Medrano, al volante de un coche circulando hacia la salida de la villa. Es decir que, efectivamente, antes de comunicarle sus planes verdaderos y completos, Félix Miguel Navarro prefería prescindir de su amigo de la infancia, dejarlo marchar.

Pocas reflexiones habían bastado a la señorita Connors para comprender el alcance de los planes e intenciones de Félix Miguel Navarro. Estaba clarísimo: si él hablaba de veinte mil millones de dólares, si daba por cierto que en breve podría disponer de semejante cantidad, sólo había una explicación: que pensaba obtenerlos del mismo modo que había obtenido los tres mil millones de dólares de los Estados Unidos. Es decir, que pensaba exigir cantidades parecidas a otros países, para que las fuesen ingresando en su cuenta clave de Suiza. Países ricos, por supuesto: Canadá, Alemania, Japón, Suecia, Bélgica, Francia, Italia,

Australia…

Veinte mil millones de dólares. Una fortuna tan absolutamente exagerada para las necesidades o los más superfluos y extravagantes caprichos de un hombre que, por fuerza, debía de tener un destino mucho más amplio y de más intensas repercusiones. ¿Una guerra?

«—No —reflexionó Baby—… Para una guerra no hacen falta veinte mil millones de dólares, basta con mucho menos. Al menos, se entiende, para iniciarla. No es una guerra lo que está tramando Félix. Pero sí está tramando asesinatos, y si además de ser asesinatos constituyen una traición, resulta evidente que pretende asesinar a personas de San Salvador, de su patria. ¿Pretende ser, quizás, el nuevo gobernante de ese pequeño país que, por otra parte, tiene una tremenda deuda exterior? Si él pretendiera…».

Sonó la llamada a la puerta, y ella no se limitó a autorizar la entrada, sino que fue a abrir. Allá estaba Félix Miguel Navarro, sosteniendo en la mano izquierda una rosa, que ofreció a la bellísima rubia. Junto a él había un carrito con el desayuno.

—Servicio de habitaciones, *Madame* —dijo—. Espero que tenga buen apetito.

—¿Debo comerme la flor? —rió ella.

—Traigo cosas más suculentas —aseguró él—. La flor es para sus cabellos o su escote, *Madame*. ¿Ha dormido bien?

—He dormido poco pero bien —dijo ella, apartándose—. ¿Y tú?

—Poco, pero mal —dijo Félix Miguel, tras entrar en la habitación—… Y Filiberto se ha marchado.

—Lo he visto por la ventana. Y no tienes derecho a estar decepcionado ni dolido, Félix. En su lugar, yo habría hecho lo mismo. Y tú también.

—Tal vez. ¿Qué sabes del mundo de los asesinatos?

—¿Yo? ¡Dios mío, nada absolutamente, claro está! ¡Vaya pregunta!

—¿Te gustaría conocer a unos cuantos asesinos profesionales? Pero eso sí, deberás ver, oír y callar. Y no gesticular, no poner cara de sobresalto o miedo… ¿Te ves capaz?

—Lo intentaré.

—Muy bien. Pero ante todo, desayunemos. Y dime: ¿dónde vas a ponerte la rosa?

Había veintitantos hombres en el gran salón de la planta baja donde, cerca de las diez y media de la mañana, Félix Miguel Navarro condujo a Lili Connors, que se había prendido la rosa en el vestido, sobre el seno izquierdo. Las veintitantas miradas masculinas cayeron sobre la bella rubia con total indiferencia, al menos, aparentemente, aunque en varios pares de ojos destelló un fugaz deseo que enseguida fue controlado.

Para la señorita Lili Connors aquella caterva de asesinos no era nada nuevo. Eran muchos años de lucha en todas las partes del mundo y con sujetos de todas las cataduras. Aquéllos, simplemente, eran aventureros. De alto nivel, eso sí. Aventureros de alto nivel y depurado estilo que lo mismo podían comandar un ejército de revoltosos que cometer personalmente el más refinado y discreto asesinato. Gentes cuyo corazón era de pura y simple piedra, máquinas de matar. Ni uno solo de ellos tenía más de cuarenta años, pero había un par que no parecían tener más de veinte. Asesinos de temprana vocación, evidentemente.

A una seña de Félix Miguel, Lili fue a sentarse en una butaca; encendió un cigarrillo, y eso fue todo. Los asesinos profesionales se desentendieron completamente de ella, y fijaron toda su atención en Navarro, que se había dirigido hacia el ángulo del gran salón donde estaba instalado el ordenador, la pantalla gigante, y el sistema de video.

El silencio era total. Afuera, un día gris amenazaba lluvia. A Lili nunca le había gustado aquella parte de Francia: la encontraba triste. Prefería, por supuesto, la Costa Azul, aunque conocía lugares donde el sol era más intenso y más frecuente…

—El señor Medrano —dijo Navarro— ha tenido que ausentarse, de modo que seré yo quien impartirá las instrucciones finales. A decir verdad esperaba que a mi regreso todo estuviera ya a punto, y esto va a retrasar un par de días las operaciones, pero no tiene importancia. Lo importante es que se lleven a cabo, y que se lleven a cabo bien. Entiendo que del aspecto geográfico y local sí han sido ustedes instruidos por el señor Medrano, de tal modo que podrán circular sin problemas por San Salvador. ¿Alguno de ustedes tiene alguna duda en este sentido?

Silencio absoluto. Es decir, que nadie tenía ninguna duda al respecto. Navarro asintió, y puso en marcha el video que,

evidentemente, ya había preparado con anterioridad. Aparecieron las imágenes: una hermosa playa orlada de palmeras, luego una ciudad que refulgía blanca al sol, unas avenidas con hermoso arbolado por las que circulaban bastantes automóviles, y, por las aceras, personas con vestimenta ligera. Había un claro predominio de gente de raza india, predominio que fue casi absoluto cuando en lugar de las hermosas avenidas aparecieron calles más estrechas, con menos automóviles y más peatones…

De repente, en la gran pantalla apareció el rostro de un hombre. Un sujeto moreno, de negro pelo ondulado, muy atractivo, con un bigote que recordaba al del inolvidable Jorge Negrete. Navarro congeló aquella imagen en la pantalla, y antes de que comenzara a hablar ya Lili Connors había recordado e identificado al sujeto de la pantalla: Ceferino Robledo, el ministro de Agricultura de San Salvador. Navarro manipuló en el ordenador, y al poco éste comenzó a proporcionar los datos pedidos, que fueron pasando a la impresora de rápida ejecución. La mirada de Lili Connors iba de la pantalla a los ojos de Félix Miguel Navarro y viceversa. Sólo se oía el siseo de la impresora del ordenador pasando al papel continuo los datos referentes a Ceferino Robledo. Nadie tenía prisa allí. Fumaban y esperaban.

Cuando la impresora terminó su trabajo, Navarro cortó la sección de papel impreso, y lo dejó sobre una mesita. Comenzó a hablar, en inglés:

—Cada grupo recibirá una información como ésta, detallada al máximo, sobre el personaje que le corresponda eliminar. Ya sé que han estudiado esa parte, ya sé que conocen los lugares donde tendrán que trabajar, pero quiero que lo repasen todo una vez más, porque no estoy dispuesto a permitir un solo fallo. Cada uno de ustedes recibirá, antes de abandonar este lugar para ir a San Salvador, un cheque por la cantidad convenida, y que a todos les pareció mucho más que satisfactoria. Cada uno de ustedes, al terminar su trabajo en San Salvador, podrá presentar su cheque al cobro, y les aseguro que no tendrán problema alguno en cobrarlo, pues el importe total de sus salarios ha sido depositado en una cuenta especial exclusiva para esta operación, de modo que no tendrán interferencias, ni demoras en el cobro, ni, insisto, ninguna clase de problema. Ahora bien, ese dinero sólo será pagado a partir

de la fecha convenida para la operación, y si ésta ha sido realizada. Si uno de ustedes no cumple su parte porque tiene la «inteligente» idea de cobrar sin trabajar (cosa que sé que no ocurrirá, pues sé que todos ustedes son profesionales serios), o bien un grupo hace una chapuza y no termina bien su trabajo, es decir, no asesina a su personaje asignado, la cuenta de pago quedará bloqueada inmediatamente y ningún cheque será pagado. ¿Está esto bien entendido?

Silencio absoluto.

Félix Miguel Navarro asintió, y continuó hablando, siempre en inglés:

—El total de personajes a asesinar son catorce. De cada uno de ellos les voy a facilitar el informe de ordenador, fotografías, y, además, visionaremos ahora un video sobre sus actividades y costumbres. Vamos a empezar por el personaje que tenemos en pantalla. Es el ministro de Agricultura de San Salvador, y su nombre es Ceferino Robledo…

A la una del mediodía, los catorce personajes sentenciados a muerte por Félix Miguel Navarro Salvatierra habían pasado por la pantalla y por el ordenador. Los informes de éste iban siendo recortados y entregados al grupo encargado de asesinar al personaje en cuestión. Debían estudiar a fondo el informe, planear el asesinato, y presentar su propuesta, que sería analizada personalmente por Navarro. Si la propuesta era aceptada, cada grupo se trasladaría a San Salvador, donde comprobaría sobre el terreno que sus planteamientos eran correctos. Si así era, lo iría comunicando por línea secreta a Navarro, quien, cuando tuviera los catorce informes y todos ellos fuesen favorables, daría la orden de realización del plan. A partir de ese momento, y prácticamente de modo simultáneo, los catorce personajes más influyentes, poderosos, relevantes y significativos de San Salvador serían asesinados. En otras palabras: San Salvador se iba a quedar sin los hombres que tomaban las decisiones y dirigían este pequeño país suramericano.

Capítulo VI

—¿Te aburres? —se interesó Félix Miguel, entrando en el saloncito donde parecía haberse instalado Lili para pasar el tiempo.

—Claro que no —dejó ella de leer un grueso libro seleccionado en la biblioteca—. Sólo se aburren los tontos, ya sabes. Además de leer, he estado pensando. Y he llegado a la conclusión de que eres un hombre muy rico, Félix.

—Era muy rico. Ahora soy pobre como una rata.

—Ah… Ya entiendo. Digamos que has gastado todo tu dinero en financiar esta… operación masacre: alquilar esta villa, contratar a esos hombres y atender sus primeros gastos, la compra del material que necesitarán, viajes… Todo eso. ¿Es así?

—Sí, así es.

—¿Y crees que vale la pena arruinarse para planear catorce asesinatos?

—Mi ruina económica es sólo transitoria. Pronto recuperaré todo mi dinero, y tendré mucho más.

—Sí, ya sé: veinte mil millones de dólares. ¿De dónde los sacarás?

—Tengo recursos —sonrió Félix Miguel.

—Ya veo que no quieres decírmelo. ¿Tampoco quieres decirme por qué has planeado esos catorce asesinatos?

—Te lo diré si tú me dices dos cosas.

—De acuerdo. Acepto.

—Una: ¿por qué vas teñida de rubia si tus verdaderos cabellos no son rubios, pero sin duda son muy bonitos? Dos: ¿por qué llevas lentillas de contacto?

—Voy teñida de rubia por variar —rió Lili Connors—. Y llevo lentillas de contacto porque padezco de un ligero astigmatismo, y no me gusta llevar gafas. ¡Eres un buen observador, cariño!

—Lili, no me mientas, no me engañes, Tú no, por favor —dijo él

seriamente.

—¿Quién te ha engañado que te ha hecho tanto daño? —murmuró ella.

—Déjalo estar. Pero no me mientas tú, te lo ruego.

—Es muy difícil sincerarse contigo, Félix Miguel, porque todos nos damos cuenta de que tu comportamiento es hermético. Y eso nos impulsa a los demás a ser también reservados contigo. No digo que nos impulse a mentirte, pero quizá sí a no decírtelo todo… Es lo mismo que haces tú. Dices que me amas, pero me tienes prisionera en este lugar, completamente olvidada, y…

—Tengo cosas prioritarias que atender. Todo cambiará cuando ellos hayan partido hacia San Salvador y nosotros viajemos a Suiza.

—¿Qué tenemos que hacer en Suiza?

Félix Miguel estaba titubeando cuando sonó la llamada a la puerta del saloncito. Félix Miguel autorizó la entrada, y apareció Leval, siempre con su metralleta colgada del cuello.

—Hay una llamada telefónica para usted en el despacho: es el señor Medrano.

—¿Fil me llama por teléfono? —Exclamó Navarro—. ¿Desde dónde?

—No lo ha dicho. Pero sí dice que es importante que usted le atienda inmediatamente.

—Voy para allá.

Félix Miguel se despidió de Lili con un gesto, y abandonó el saloncito en pos de Leval. Lili Connors permaneció pensativa unos segundos, antes de ponerse en pie y acercarse a la ventana, cuyos cortinajes apartó. Había llegado la noche, y estaba lloviendo. Aquella lluvia fina y densa, sin estridencias, como elegante, pero que confería a todo un tono lóbrego y triste.

De repente, Lili tomó una decisión: fue a dejar el libro sobre la mesita circular, y salió del saloncito. Segundos después entraba en el despacho, sin llamar. Sentado tras la mesa recargada y tan lóbrega como el tiempo, Navarro conversaba por teléfono, con aquel aparato negro y de modelo prácticamente olvidado. Lili estaba segura de poder explicar la historia de aquella villa: un aristócrata francés venido a menos la tenía posiblemente hipotecada; de repente, aparece un rico suramericano que se la alquila a muy buen precio…

—Está bien, Fil. Lo voy a hacer. Estaré ahí dentro de treinta o cuarenta minutos: el tiempo de llegar. Hasta ahora.

Colgó. Se quedó mirando a Lili con expresión ausente, pero reaccionó al oír la pregunta de ella:

—¿Qué quería tu amigo Filiberto?

—Una entrevista. Pero no aquí, sino en otro sitio… Será mejor que no me esperes para cenar.

—O sea, que vas a acudir a esa cita.

—Claro —se sorprendió Félix Miguel.

—No tan claro. Tal vez a tu amigo se le ha ocurrido jugarte una mala pasada.

—Me parece que tienes la mente podrida —palideció Navarro—. Filiberto y yo podemos estar en desacuerdo en mil cosas, pero él jamás me haría a mí una mala pasada. Hazme un favor, ¿quieres?: ¡ocúpate de tus asuntos!

—Espléndido —dijo fríamente Lili Connors—. Entonces… ¿puedo regresar a París para trabajar en mi profesión en esa oferta maravillosa?

Navarro frunció el ceño.

Pero de pronto sonrió, se puso en pie, y se acercó a Lili, a la que abrazó por la cintura.

La besó en la boca, y luego susurró:

—Perdóname, no deseo ser brutal contigo, Lili. Es que tengo entre manos un asunto muy importante, y a veces temo que se me escape… Espero volver a tiempo para tomar una copa contigo antes de acostarnos.

—Yo preferiría acompañarte en lugar de esperarte. ¡Y por favor, no me digas que no puedo acompañarte a algo tan sencillo como una entrevista con tu amigo del alma!

—De acuerdo. Fil me espera en un mesón… Podemos cenar los tres juntos. Pediré uno de los coches.

—Yo subo un momento a mi habitación —sonrió Lili—. Bajo enseguida.

El coche se detuvo fuera de la carretera, a unos cuarenta metros del mesón, cuyo nombre era Le Renard. Frente a la fachada del mesón había media docena de automóviles estacionados. Por las ventanas brotaba la luz del interior. La noche era fría y lluviosa.

—Hay sitio frente al mesón —dijo Félix Miguel—. No tenemos

por qué dejar el coche aquí.

—Está mejor aquí —insistió Lili.

Se apeararon los dos, se juntaron ante el morro del coche, y echaron a correr bajo la lluvia hacia la entrada del mesón. Cuando accedieron al interior de éste captaron su grato ambiente. Había fuego en la chimenea, el comedor era más bien reducido, y los comensales apenas alcanzaban la docena. La iluminación estaba muy bien distribuida. Sobre una repisa encima del mostrador del servicio de bar, a la derecha de la entrada, había un hermoso zorro disecado.

Los dos habían visto enseguida a Filiberto Medrano, que se había puesto en pie y les hacía señas. Se acercaron a la mesa a la cual había estado sentado. Hubo un apretón de manos entre los dos hombres, y Medrano sonrió a Lili.

—Parece que lo de ustedes va en serio —murmuró—: si Félix no estuviese verdaderamente muy enamorado de usted no le habría permitido venir.

—Es que soy muy persuasiva —sonrió Lili.

—Ya. Bueno, sentémonos. Podemos tomar un aperitivo mientras terminan de prepararnos la cena que he encargado.

Lili y Félix Miguel asintieron. El propietario del mesón se acercó, sonriente, aseguró que la cena tardaría sólo unos minutos, y tras escuchar el pedido de los aperitivos (Byrhh para la señorita), se alejó. Cuando regresó con los aperitivos, los tres personajes todavía permanecían en silencio, un poco tensos.

—Por siempre nosotros —dijo Medrano, alzando su copa.

—Y nuestra amistad —dijo Navarro, alzando la suya.

Lili brindó con ellos, en silencio, comprendiendo que el brindis era una vieja consigna de los dos amigos, a los que iba mirando alternativamente. Había en el rostro de Filiberto Medrano una expresión que la tenía entre inquieta y desconcertada.

Se daba perfecta cuenta de que aquel hombre lo estaba pasando francamente mal.

—Félix —dijo Medrano, tras el primer sorbo—, quiero que me escuches bien antes de reaccionar en ningún sentido. ¿Cuento con ello?

—Claro. Y me alegra que todavía permanezcas por aquí, pues…

—Espera… Espera, por favor. Quiero decirte que Honorato

Pérez, nuestro ínclito jefe del servicio secreto de San Salvador, llegó a París, donde se encontró no sólo con el contratiempo de que tú habías escapado de la encerrona, sino con que uno de sus hombres había muerto…

—Creí que había matado a dos.

—No. Sólo murió Teodoro Gómez. Los otros dos salieron mal parados, pero siguen con vida. Y el que fue a comprar comida, con más motivo.

—Bien. Me alegro. No tengo interés en matar a nadie…

—¿Qué dices? —Se pasmó Medrano—. ¡Félix, estás planeando catorce muertes!

—Eso es diferente. Una cosa es matar a desgraciados y otra cosa es quitar de en medio a esos catorce personajes. Esas catorce muertes no serán asesinatos, sino ejecuciones.

—¿Ejecuciones? Oye, un momento, yo sé que esas personas no son maravillosas, pero de eso a asesinarlas…

—Fil, te voy a decir la verdad: me alegró mucho que te salieras del asunto ahora que vamos a por la parte definitiva. Ya me has ayudado bastante, y ahora prefiero que quedes fuera del asunto. Por tanto, dejemos eso y dime por qué me has hecho venir aquí. ¿Necesitas algo? ¿Puedo ayudarte, aconsejarte…?

Medrano se pasó la lengua por los labios, y murmuró:

—Honorato Pérez está aquí, Félix.

—¿Aquí? ¿Qué quiere decir exactamente aquí?

—Aquí, en el mesón. Es decir, fuera de él. Le acompañan los tres hombres que le quedaron útiles después de su encuentro contigo, y otros tres que ha llamado. Son siete hombres en total, todos ellos armados. Están rodeando el mesón.

Félix Miguel Navarro estaba lívido como un cadáver.

—¿Y cómo es posible que me hayan encontrado aquí? —susurró.

—Oh, por Dios —palideció también Medrano—: yo los llamé, claro está, Hace un par de semanas que entré en contacto con él, y convinimos que siempre que tuviera algo que decirle le llamase a determinado número, desde donde le pasarían el recado. Así lo hice esta mañana, dije dónde estaba, y al poco el propio Honorato Pérez me llamó, desde París. A las cinco de la tarde nos encontramos en Lyon.

Lili Connors bebió un sorbo de Byrhh, impávida, fija su mirada

en los ojos de Filiberto Medrano. Félix Miguel Navarro parecía de yeso.

—Es decir —susurró—, que me has traicionado, Fil.

—Déjame explicártelo, por favor —imploró Medrano—. Bajo tu punto de vista quizá te haya traicionado, pero te ruego que me permitas exponer el mío.

—De acuerdo. Te escucho.

—En ningún momento has querido ponerme al corriente de la totalidad de tus planes. Cuando me dijiste que ibas a hacer algo grande y que contabas con mi ayuda, enseguida te dije que sí, que de acuerdo. No titubeé ni un instante, Félix. ¿Cierto?

—Sí, es cierto.

—Y te he estado ayudando. He comprado material, armas, he contratado hombres… En tu ausencia he estado al mando de la villa, o el «puesto de mando», como tú lo llamas, y todo ha funcionado conforme a tus deseos y órdenes. ¿Cierto?

—Cierto.

—Sin embargo, desde el momento en que por fin me dijiste que teníamos que asesinar a catorce personaje de la patria, he estado esperando una explicación por tu parte que me convenciera de que había una justificación… Porque para mí siempre ha estado clara una cosa: mi amigo Félix Miguel jamás puede hacer nada malo en la vida. Esto ha sido siempre así, sabes que para mí todo cuanto has hecho siempre ha estado bien. Pero, Félix, catorce asesinatos sin justificación… Además, son los hombres clave de la patria, sin ellos San Salvador quedaría… como un niño perdido. ¿Es eso lo que quieres? ¿Hundir a la patria?

—¿Tú qué crees?

—Creo que no, pero si no me explicas qué pretendes no puedo permitirte que sigas adelante…, de modo que te he delatado a Honorato Pérez. Al principio sólo le decía dónde podía vigilarte, a ver si sabíamos qué pretendías, pero ahora, finalmente, vista tu decisión de seguir adelante con ese proyecto, te he delatado. Félix, convénceme de que esos catorce asesinatos están justificados, y me pongo de tu lado de nuevo, te ayudo a enfrentarte a Pérez y sus hombres, y nos largamos de aquí los dos… ¡Por lo que más quieras, convénceme!

Filiberto Medrano estaba casi llorando. De pronto, Félix Miguel

sonrió dulcemente, y acarició una mano de su amigo, que se crispaba sobre la mesa.

—Tranquilízate, Fil. ¿Es que no comprendes que es por esta faceta tuya, tan sentimental, tan bondadosa, que no he querido mezclarte completamente en mis planes? Te utilicé al principio porque necesitaba ayuda fiel, y sólo en ti podía confiar. Pero ahora que ya está todo encarrilado, decidí alejarte del riesgo final, del riesgo verdadero. Te falta dureza para afrontar esta parte de mi operación, y por eso quise alejarte de la villa.

—¡Tienes que decirme qué pretendes! ¡Dímelo, y yo mismo salgo a matar a Pérez!

Félix Miguel se echó a reír.

—¡Tú qué has de matar, hombre, tú qué has de matar…! Tú no eres capaz de matar ni el tiempo. Hazme un último favor: sal a decirle a Honorato Pérez que para cazarme tendrá que matarme, y tú regresa a casa. Eso es todo. Adiós, Fil.

—No hemos cenado —advirtió Lili Connors.

Los dos amigos la miraron como alucinados, pero enseguida Félix Miguel sonrió.

—Tendréis otras ocasiones para cenar —dijo—. Tú ve con Fil, Lili. Quiero poder moverme en solitario, sin tener que preocuparme por nadie, y así quizá consiga estar por el bosque y regresar a la villa. Allí, con los hombres que…

—Félix, ¿no lo comprendes? —Casi gritó Medrano—. ¡La villa está ahora en poder de la policía francesa! Honorato Pérez ha esperado a que tú salieras, y luego ha avisado a la policía francesa de que en esa villa hay dos docenas de asesinos profesionales. En estos momentos, o están muertos, o detenidos, o acorralados allí dentro. Te has quedado solo, y lo que quiere Honorato Pérez es capturarte y llevarte vivo a San Salvador, para que reveles tus intenciones, tu complot, y que te juzguen por traidor.

—Maldito seas, Fil.

—¡No podía permitir que por satisfacer planes personales tuyos dejases a la patria sin gobierno, sin dirección…! Félix, ¡esos catorce hombres son la base política, militar y económica de nuestra patria…!

Félix Miguel pareció a punto de replicar, pero optó por apretar los labios. Un poco alejado, el propietario del mesón les miraba, con

cierta inquietud, pues se había dado perfecta cuenta de la tensión que había entre los ocupantes de aquella mesa. Tras una larga pausa, Medrano inquirió:

—Bien, ¿qué decides? ¿Qué le digo a Pérez?

—Dígale —intervino Lili— que Félix Miguel y yo podemos hacer un trato privado con él que le resultará más provechoso y prestigioso que cualquier otra idea que él haya tenido para resolver esta situación.

—¿Qué pinta usted en esto? —Se enfadó Medrano—. Félix, dile a…

—Ella tiene razón, Fil. Sabe lo que dice. Ve a llevarle ese recado a Honorato Pérez. Hay un refrán que dice: de lo perdido, saca lo que puedas… Y creo haber entendido lo que Lili pretende. Dile a Pérez que venga.

—Está bien.

Medrano se dirigió hacia la salida del mesón, y Félix Miguel miró como divertido a Lili.

—No tengo ni idea de lo que pretendes. ¿Puedo saberlo?

—¿Vas armado?

—No.

—Yo sí —sonrió ante el gesto de sorpresa de Félix Miguel—… Vamos a controlar a ese Pérez con mi pistola, y le haremos comprender que o nos acompaña hasta nuestro coche y luego viene con nosotros como rehén hasta que estemos a salvo…, o le volamos la tapa de los sesos aquí mismo.

—Caray… ¿Seguro que eres una modelo fotográfica?

—No, no lo soy, Félix.

—Ya. Sí, comprendo… Todo el cuento del avión, lo de que te esperaba un sujeto al que no querías ver… Eres del FBI, ¿no es cierto? De acuerdo: ¿qué es lo que hice mal, cómo disteis conmigo?

—Yo iba en el helicóptero, me descolgué de él en pleno vuelo, y alcancé la carretera cuando Kowalski y Sturgess llegaban al Chevrolet con el mando a distancia que había activado la carga explosiva de la avioneta, mando que guardaron en el coche junto con los que habían utilizado para conducir la avioneta desde Opa Locka a Los Everglades. Los estuve vigilando, y te vi llegar… Cuando tú te marchaste, después de matarlos, yo te seguí en todo momento con el Chevrolet, hasta que llegaste al Riverside Hotel de

Miami. Lo demás todavía fue más fácil.

—De modo que eres una de esas chicas fantásticas. Supongo que tú también estás bien respaldada en este lugar.

—No. En París ordené que se limitaran a controlar de lejos a Doroteo y los demás, no que me respaldaran.

—En ese caso, quizá tus amigos de París hayan seguido hasta aquí a Honorato Pérez y sus hombres…, y en estos momentos no estén muy lejos.

—Es posible —sonrió apretadamente Lili.

—O sea, que estoy atrapado de lleno en unas tenazas uno de cuyos lados es el servicio secreto de mi país, avisado por mi asustadizo amigo Fil, y el otro lado es nada menos que el todopoderoso FBI. Atrapado como un perro rabioso.

—Reconoce que has dado motivos para que te acosemos, Félix. En tu país, estás planeando catorce asesinatos, y dejarlo sin gobierno. En Estados Unidos, nos obsequiaste con una explosión de gas y con unas amenazas nada simpáticas… que te han reportado tres mil millones de dólares. ¿Te sorprende que la gente esté un poco enfadada contigo?

—No —rió Félix Miguel—, ¡no me sorprende! Bueno, maldita sea, creí que podría hacer las cosas mejor, pero ya veo que he fracasado…

—Simplemente, no eres un profesional. Pese a lo cual, has emprendido una acción de tan altos vuelos que me tienes intrigadísima. ¿Qué pretendías? Todavía tienes a tu disposición los tres mil millones de dólares… ¿Qué pensabas hacer con ellos? ¿Por qué querías asesinar a esas catorce personas?

En aquel momento apareció en la puerta un sujeto de mediana estatura, muy moreno, vestido de oscuro, calvo y con espesos bigotes caídos, que le conferían una expresión tristona. Llegó junto a la mesa sacudiéndose del gabán unas gotas de lluvia. Cuando Lili miró sus pequeños ojos comprendió en el acto que el aspecto general de aquel hombrecillo era engañoso, y que tenía ante ella a una auténtica víbora venenosa.

Honorato Pérez miró con curiosidad a la bella rubia, y luego clavó su mirada de ofidio en los hermosos ojos de Félix Miguel Navarro.

—¿Cuál es el trato? —inquirió secamente.

—¿Le gustaría ganar… discretamente cien millones de dólares para usted solo? —inquirió socarronamente Lili.

La mirada de ofidio se desplazó brevemente hacia la rubia.

—¿Quién es ella? —inquirió, mirando de nuevo a Félix Miguel.

—La mujer de mi vida —replicó Navarro—. Y mucho cuidado con lo que se te ocurre decir de ella, maldito hijo de puta.

Pérez palideció. Volvió a mirar a Lili.

—Usted es norteamericana —susurró—… Me huelo que trabaja para la CIA, y que están tramando algo contra San Salvador, según parece utilizando a Navarro. Le diré una cosa: ahora que la veo a usted y que comprendo que interviene la CIA ya no me sorprende lo que Navarro está tramando. Ahora se explica todo.

—Su sutil inteligencia me tiene fascinada —dijo Lili—. Pero no ha contestado a mi pregunta, señor Pérez.

—¿Qué tendría que hacer para ganar esos cien millones de dólares?

—Es evidente —alzó las cejas Lili—: dejarnos marchar a Félix y a mí. Tal como están las cosas resulta, también es evidente, que Félix no va a poder seguir adelante con sus planes, de modo que, cuando menos, vamos a intentar salvar el pellejo. ¿Qué contesta?

—A partir de ahora Navarro no podrá esconderse en parte alguna: siempre lo encontraremos.

—Tal vez. Pero deje ese problema para el futuro, y resolvamos ahora el presente: cien millones por nuestra libertad. ¿Sí o no?

Honorato Pérez estuvo unos segundos mirando de Lili a Félix Miguel y viceversa.

Por fin, murmuró:

—De acuerdo. Vengan conmigo, terminaremos la conversación en un sitio más discreto.

Se dirigió hacia la puerta, como desentendiéndose de ellos. Lili se puso en pie. Félix Miguel se puso en pie también, la tomó de un brazo, y fueron en pos de Pérez. El propietario del mesón los vio salir con un gesto de alivio. Se daba cuenta de que acababa de perder los ingresos de una mesa, pero se ahorraba muchos problemas, sin duda.

Afuera, frente al mesón, estaba Filiberto Medrano, acompañado de Doroteo, que dirigió una hosca mirada a Félix Miguel y Lili, y que todavía se enfadó más cuando Pérez le hizo un gesto para que

esperase allí y en cambio atrajo con otro gesto a Medrano. No se veía a nadie más, pero era fácil comprender que los hombres de Pérez estaban bien escondidos al acecho.

—Vengan los tres conmigo —dijo Pérez—… No quiero que nadie oiga lo que hablemos.

Se dirigió hacia una esquina del mesón, y los tres le siguieron. Llegaron a la parte de atrás, donde había unos enormes y hermosos castaños que parecían cantar al recibir el agua de la lluvia. Se cobijaron bajo uno de los castaños. Apenas llegaba allí el resplandor amarillento de dos altas ventanas de la parte de atrás del mesón, seguramente de la cocina. Se olía a leña quemada.

—Caminen un poco más —dijo Pérez, mirando hacia atrás con recelo—…, pero no se les ocurra intentar escapar corriendo por el bosque. Sería una estupidez.

Pasaron delante de él Félix Miguel, Lili y Medrano. Lo que sucedió a continuación fue alucinante.

Honorato Pérez sacó una pistola provista de silenciador, apoyó rápidamente la boca de fuego en la espalda de Filiberto Medrano, justo a la altura del corazón, y apretó el gatillo.

Medrano emitió un hondo suspiro, y cayó hacia delante como si acabase de recibir un fuerte empujón. Se oyó el impacto de su cuerpo contra el acolchado suelo. Lili y Félix Miguel se volvieron rápidamente, pero la pistola de Pérez los amenazó a los dos.

—De espaldas —jadeó—… ¡De espaldas los dos, enseguida!

Lili Connors extendió el brazo derecho, y, con la pistolita que ya poco antes había retirado disimuladamente de su escondrijo en el muslo izquierdo, disparó sin consideración alguna contra el rostro de Honorato Pérez, metiéndole la bala en el ojo derecho, reventándolo, y matándolo en el acto al llegar al cerebro, donde se alojó. Honorato Pérez cayó hacia atrás sin proferir un solo sonido, sin soltar su pistola, sin estremecerse siquiera, como si fuese de madera. Cuando llegó al suelo, produciendo un chasquido idéntico al que poco antes hiciera el cuerpo de Medrano, Félix Miguel ya estaba arrodillado junto a su amigo.

—Fil —tembló su voz—… ¡Filiberto!

—Está muerto —dijo Lili Connors—. Vámonos.

Félix Miguel alzó la cabeza, y la miró. Sus ojos estaban desorbitados.

—No está muerto —dijo—… ¡No está muerto!

Ella se arrodilló frente a él, con el cuerpo de Medrano entre ambos, y le tomó una mano.

—Félix, él está muerto. Y nosotros tenemos que desalojar este lugar. Quizá mis amigos estén cerca, pero lo cierto es que todavía están más cerca los hombres de Honorato Pérez, y que nos matarán en cuanto se den cuenta de la situación.

—Él no está muerto… No. No está muerto. Ayúdame a llevarlo al coche, y buscaremos un médico. ¡Tienes que ayudarme a llevar a Fil adonde pueda atenderlo un médico! ¡Lili, tú eres mi otro amor, mi amor de hombre, tú tienes que ayudarme!

—Está bien —susurró la agente Baby—. Te ayudaré a cargar con él, y marcharé por delante por si alguien intenta impedirnos llegar al coche para ir a algún sitie donde haya un médico.

Ante el desconcertado Navarro, la rubia Lili metió la pistola dentro de sus braguitas, y luego le ayudó a cargarse el cadáver en un hombro. Finalmente, Lili cogió del suelo la pistola de Honorato Pérez, y señaló hacia el mesón, hacia la parte donde, a unos cuarenta metros, había quedado el coche.

Apenas habían dado un par de pasos en aquella dirección, aparecieron los dos hombres, como sombras que se despegasen de la húmeda oscuridad.

—¡Alto! —Gritó uno de ellos, en español—. ¡Quietos ahí!

Capítulo VII

Félix Miguel Navarro se detuvo como aturdido. Lili Connors reaccionó de un modo totalmente opuesto: apuntó hacia los dos hombres, y disparó dos veces en rápida sucesión utilizando la pistola de Honorato Pérez. Los dos disparos sonaron suavemente, ciertamente como dos descorches de botellas de champán. Uno de los hombres gritó, y saltó de espaldas, dejando en el aire salpicaduras de sangre que brotaron de su cabeza. El otro, con la bala en pleno corazón, simplemente cayó de espaldas como un fardo.

—Deprisa —dijo Lili—… ¡Deprisa, Félix!

Navarro echó a correr, siempre cargado con el cadáver de su amigo, en pos de la rubia, cuyos cabellos parecían una insólita luz en la oscuridad. Llegaron al arcén, a unos quince metros de donde habían dejado el coche. Por la derecha de ambos, apareció Doroteo, gritando y blandiendo su pistola. Incluso pudo disparar dos veces antes de que Lili, apuntándole con una serenidad inaudita, le disparase también dos veces y metiese las dos balas, prácticamente juntas, en su corazón. Por detrás de Doroteo llegaba corriendo otro hombre, portando un rifle, con el que se dispuso a disparar contra Lili… De alguna parte de la oscuridad llegó una bala que le reventó la cabeza de un modo espectacular y horrendo, y el hombre pareció salir disparado hacia el cielo lluvioso con un salto grotesco.

Félix Miguel corría hacia el coche, y gritó cuando otro hombre apareció, interponiéndose entre él y el vehículo. El hombre disparó, y Navarro sintió el impacto de la bala no en su cuerpo, sino en el de Medrano, en la espalda…

Junto a él, Lili disparó una vez más, y el hombre que acababa de disparar gritó como si lo estuvieran desollando vivo, giró sobre sí mismo, y cayó de bruces.

—¡Sigue! —Gritó Lili—. ¡Sigue!

Navarro llegó al coche, colocó a Medrano en el asiento de atrás, y se sentó ante el volante. Las llaves tintinearon en su mano cuando las sacó del bolsillo. Encendió el motor. Lili llegó y se sentó junto a él. Félix Miguel arrancó, giró, y se lanzó por la oscura carretera, al parecer hacia un destino en el que sólo había agua y oscuridad. Junto a él, Lili estaba abriendo el maletín, del cual sacó el paquete de cigarrillos. Como inmerso en una pesadilla, Félix Miguel la oyó dar instrucciones para encontrar la villa, y la orden de que en cuanto supieran qué había ocurrido exactamente allí la llamaran. Pero antes, simplemente, debían impedir que cualquier persona que estuviera en la zona del mesón pudiera seguirlos a ella y a Navarro.

Lili cerró la radio, la guardó, cerró el maletín, y giró en el asiento para dar frente lo máximo posible a Félix Miguel Navarro.

—Lo que debemos…

El puño izquierdo de Félix Miguel, cruzando por delante de su propio pecho, alcanzó en tremendo impacto la barbilla de Lili Connors. Fue talmente como si todo el universo estallara estruendosamente dentro de la cabeza de la bella rubia, en un billón de luces estelares.

Y acto seguido, sin transición, llegó la oscuridad de la inconsciencia.

—¿Se encuentra bien?

La voz amiga, en perfecto inglés yanqui. Seguía lloviendo; sentía el agua en su cara.

Había tres hombres inclinados sobre ella.

En alguna parte relucían las luces de un automóvil.

—Vamos a llevarla al coche —dijo otra voz.

Se sintió alzada, tuvo la sensación breve y absurda de volar. Luego, dejó de sentir el agua en el rostro y en el cuerpo. Oyó el chasquido de una portezuela al cerrarse. Notaba unas manos en el cuerpo: en el vientre, en el pecho, en las piernas.

—No está herida —dijo una de las voces—… No veo que sangre.

—¿Simón? —inquirió Lili Connors.

—Sí —sonó ansiosa la voz—. ¿Está herida? No vemos…

—No, no estoy herida… ¿Han encontrado a Navarro?

—No. Pero podemos pedir ayuda y…

—No. No, no… Dejen tranquilo a Navarro. Zambomba, casi me ha roto la barbilla… ¿Qué ha pasado, dónde estoy?

—Según parece, él la golpeó, y la sacó del coche. La hemos encontrado bajo la lluvia, en el arcén.

—¿Sólo me han encontrado a mí? ¿No había cerca un cadáver?

—No.

Lili Connors estaba recuperando la plena consciencia de la realidad, de sus recuerdos. Estaba dentro de un coche, había tres hombres pendientes de ella. Tres Simones. Recordó el tremendo impacto del puño de Navarro en su barbilla.

—Vamos a desalojar la zona —murmuró—… Si alguien tiene que dar explicaciones que sean los supervivientes del grupo del servicio secreto de San Salvador. Por nuestra parte, echaremos un vistazo a ver cómo están las cosas en la villa cuya ubicación les indiqué.

—Pero… ¿y Navarro? ¡Ese tipo…!

—Dejen a Navarro de mi cuenta. Yo lo encontraré muy pronto.

Tan sólo doce horas más tarde, Félix Miguel Navarro Salvatierra entraba en las discretamente suntuosas oficinas de la Banque Nationale Suisse, en el número 8 de la Rue Diday, en Ginebra, Suiza. Aparecía muy pálido, pero muy correctamente vestido, muy discreto y natural.

Y nada más entrar, oyó la suave voz femenina que pronunciaba su nombre:

—Félix Miguel.

Volvió la cabeza. Conocía perfectamente aquella voz, pero no vio a Lili Connors, sino a una hermosísima mujer de grandes ojos azules y espléndida mata de negros cabellos, sentada en una de las butacas de la salita de espera. Era de una elegancia exquisita y exquisitamente natural. Era tan hermosa y de aspecto tan… humano que el sansalvadoreño tuvo por un instante la sensación de que era una figura irreal, un sueño, una quimera. Pero ella le sonrió, y entonces Navarro identificó aquellos labios, y la expresión de aquellos ojos que no eran verdes… Como hipnotizado, se acercó a aquella mujer, y obedeció su seña de que se sentase junto a ella en otra butaca.

—¿Qué has hecho con Filiberto? —preguntó ella.

—Lili… ¿Eres tú, Lili? —jadeó Félix Miguel.

—Soy Brigitte Montfort, pero también soy la agente Baby, de la CIA. Por el amor de Dios, Félix, ¿estás loco? Tenía la esperanza de

que no te atrevieras a venir en busca del dinero. ¿No comprendes que este lugar se ha convertido en una trampa para ti? Te han dejado entrar, pero cuando salgas te vas a encontrar con dos docenas de agentes de la CIA esperándote bien armados.

—Eres Lili, ¿verdad?

—Sí, soy Lili. Y no soy del FBI, sino de la CIA. ¿Es que no lo entiendes?

—Lili, tienes que ayudarme. Tienes que ayudarnos a mí y a Filiberto.

—Félix, te estoy diciendo…

—Filiberto no está bien, ¿sabes? Lo tengo en el coche, y en cuanto haya solucionado este asunto del dinero lo llevaré a un médico…, o mejor todavía, a un hospital. Filiberto es fuerte, resistirá, y él sabe que hay asuntos prioritarios… Hay asuntos que están por encima incluso de nuestras propias vidas, ¿comprendes?

—Dime uno de esos asuntos —murmuró Brigitte Montfort, sobrecogida.

—Pues la patria, por ejemplo. La patria son muchos millones de personas, y yo soy solamente una persona. ¿Qué vale más, la patria o una sola persona? Pero la patria vale mucho siempre y cuando sea verdaderamente una patria y no un pozo de mierda, la patria es hermosa cuando las personas que la componen, esos millones de seres, sean verdaderamente humanos y realmente obtengan de la vida el disfrute que merece todo ser humano… ¿No estás de acuerdo, Lili?

—Sí… Sí, estoy de acuerdo, Félix.

Casi pisándole los talones, habían entrado detrás de Félix Miguel Navarro tres agentes de la CIA, altos, sólidos, fuertes, de expresión hermética, cuyas miradas se clavaron en el suramericano, y luego, indecisas, en la señorita Montfort, que les hizo una discreta seña para que esperasen.

En la amplia sala de la entidad bancaria nadie se daba cuenta de que algo insólito estaba sucediendo.

Los presentes miraban con suma discreción y ocasionalmente a la bellísima dama de los ojos azules y al apuesto caballero que conversaba con ella, pero eso era todo.

—Ajá —decía Navarro—, sabía que tú lo entenderías. Ya sabía yo que el cabello rubio no era el que te sentaba mejor. Estás más

guapa así. ¿Brigitte Montfort? Ah, sí, la periodista yanqui, ya sé.

—Félix: ¿para qué quieres los tres mil millones de dólares?

—Para mi patria, claro está —sonrió Félix Miguel Navarro—… Y luego recaudaré más miles de millones, para otras patrias suramericanas. Pero primero, la mía… Todos somos un poco egoístas, ¿verdad, Lili? Pero es comprensible. Primero, mi patria y luego recaudaré hasta veinte mil millones de dólares, o más, para otras patrias suramericanas. O quizá de todo el mundo. ¿Sabes cuál es la deuda exterior de mi patria?

—¿Tres mil millones de dólares? —susurró Brigitte.

—Exactamente dos mil novecientos sesenta y tres millones de malditos dólares yanquis. De modo que yo pedí tres mil, para redondear, y para tener dinero a fin de continuar adelante con estas operaciones de saldo y cuenta nueva. ¿Que Costa Rica debe cuatro mil millones de dólares? Pues nada, yo los recaudo de los países ricos del mundo, y se los regalo a Costa Rica, para que salde su deuda. Y así, todos, hasta que todo el continente americano quede liberado de sus deudas exteriores. ¡Hay que empezar a vivir, hay que saldar las deudas y empezar una era de prosperidad y paz y bienestar para todo el mundo! ¿Qué te parece?

—Me parece muy bien, Félix. Pero ese dinero con el que tú pretendes saldar las deudas exteriores de los países comprometidos habría sido conseguido con violencias, amenazas y extorsiones…

Félix Miguel se echó a reír.

—¡Claro que no, criatura! —exclamó—. ¿Realmente crees que yo sería capaz de poner una bomba en una escuela llena de niños? ¡No lo haría ni aunque me matasen! Pero mira cómo son los demás, que sí creen que yo haría una cosa así. Y si lo creen, es porque ellos lo harían, ¿comprendes? De modo que me dije: voy a aprovechar la maldad ajena para acojonarlos a todos, y como creerán que soy capaz de asesinar a cien o doscientos niños, pagarán.

Con el dinero, liquidaré las deudas de esos pobres países sometidos y expoliados por sus propios gobernantes. Por ejemplo, mi propio país, San Salvador… ¿Sabías tú que catorce personas son los amos de mi patria, y que hace años están pidiendo créditos al extranjero «para el desarrollo nacional», pero en realidad quedándose prácticamente todo el dinero de los créditos, además de cobrar comisiones como intermediarios de dichos créditos? Ellos

piden el crédito, se quedan más del setenta por ciento y lo envían a bancos de aquí, de Suiza, o de Brasil, o de otros sitios, y al pueblo, a mis paisanos, les queda una miseria a cambio de la cual están hipotecando la patria. Catorce personas y sus familias y esbirros están explotando mi patria y a mis paisanos, implacablemente, brutalmente. Así que finalmente, un día me dije: Félix, aunque te cueste la vida te vas a cargar a esos catorce criminales de tu patria, y vas a liberar a ésta de deudas y humillaciones, vas a convertir San Salvador en el primer país verdaderamente libre del mundo, vas a proporcionar la felicidad y la promesa de un futuro verdaderamente humano a unos cuantos millones de queridos paisanos. Félix, esto vas a hacer, y lo vas a hacer ahora, caiga quien caiga, aunque caigas tú mismo. De modo que me puse manos a la obra. Y ahora, vengo a por mi dinero, a por esos tres mil millones de dólares. ¿Sabes qué voy a hacer con ellos, Lili?

—¿Qué? —Casi sollozó Brigitte Montfort.

—Soy un tío listo, ¿comprendes? Nada de llevarme el dinero en efectivo, claro que no. Lo que voy a hacer es una transferencia de mi cuenta clave a una cuenta clave que he abierto a nombre de San Salvador. Así, mi patria recibirá el dinero, pagará su deuda y podrá empezar de nuevo, hacia un futuro esplendoroso. ¿Qué te parece?

—Félix —dijo Brigitte, mientras las lágrimas se deslizaban por su rostro—… Félix, tu cuenta ha sido bloqueada por acuerdos entre personas y entidades que están por encima de nosotros. No podrás hacer la transferencia, no podrás hacer nada, nada de lo que has hecho ha servido de nada. Pero nadie va a hacerte daño, nadie va a molestarte. Ahora saldremos los dos de aquí, y yo te ayudaré a buscar una salida para San Salvador, y estudiaremos juntos la posibilidad de ayudar a otros países endeudados. Salgamos de aquí, los dos juntos, y estudiaremos todas las opciones posibles.

—¿Opciones posibles? No comprendo… ¿Quieres decir que San Salvador seguirá siendo un… corral lleno de esclavos del dios dólar y de catorce hijoputas?

—Félix, salgamos de aquí, por favor.

—No. Quiero mi dinero. Quiero el dinero para pagar la deuda de mi patria. Y no me vengas con el cuento de que ese dinero sería el producto de un robo a otro u otros países que también lo necesitan, porque no es así. Simplemente, el dinero que yo les saque a esos

países ricos, ellos pueden restarlo de sus presupuestos de fabricación de armamentos, y se quedarán tan campantes. ¿No es verdad?

—Sí. Sí, Félix.

—Bien —sonrió Navarro—. Voy a por mi dinero. Te amo, Lili. Y cuando haya cumplido mi misión los dos subiremos juntos a las estrellas. Espérame aquí, vuelvo enseguida.

—Félix —ella le agarró las manos—… Félix, no puedes hacer nada. Ni siquiera yo puedo hacer nada, no puedo ayudarte, no podemos hacer nada. Ven… Ven conmigo, vamos a mi coche, que está ahí fuera, y estudiaremos un modo de realizar tus planes. Ven, Félix.

Brigitte Montfort se puso en pie, y tiró de las manos de Félix Miguel Navarro hacia la salida. Él la siguió, dócil, y dócilmente entró en el Mercedes que esperaba frente a la entidad bancaria, sin interesarse en absoluto por los hombre que les contemplaban fijamente. Brigitte estaba a punto de dar el encendido cuando Félix Miguel Navarro musitó:

—¿Nada ha servido de nada?

—Nada, Félix. Pero…

—¿Ni siquiera mi amor por ti? ¿Ni siquiera la muerte de Filiberto?

—Félix, intentaremos entre los dos…

—Lili —la miró él fija e intensamente a los ojos—… Lili, no me mientas tú también. Dime la verdad: ¿nada ha servido de nada?

—Nada ha servido de nada —dijo con voz ahogada la espía más implacable del mundo.

Félix Miguel Navarro Salvatierra quedó como si no hubiera oído, fija su hermosa mirada de hombre inteligente y noble en aquellos ojos azules que le contemplaban con una ternura desconocida. Luego, Navarro miró hacia fuera del coche. Hacía frío, el día era gris, todo era húmedo y hostil, todo aquello no tenía nada que ver con San Salvador, siempre lleno de sol; incluso cuando llegaba la época de las lluvias todo era diferente, siempre parecía que por encima de las nubes hubiera una luz esperando que alguien la encendiera. Y había hermosas playas, y vegetación cálida…, y gentes sometidas al dios dólar y a catorce hijoputas.

Félix Miguel Navarro Salvatierra sacó de pronto la pistola con

silenciador, se metió éste en la boca, y apretó el gatillo.

Este es el final

—En definitiva —preguntó la señorita Montfort—, ¿para qué me han hecho venir esta vez?

Los miembros componentes del Consejo de la CIA la observaban atentamente, como siempre impresionados por la belleza y, sobre todo, por la personalidad de aquella mujer extraordinaria. Por fin, uno de los miembros, murmuró:

—Tenemos entendido que fue para usted muy doloroso lo ocurrido en Ginebra. Y tan desagradable, con la masa encefálica de…

—Les ruego que olviden eso, y sobre todo, que no me lo hagan recordar a mí.

—Sí, es comprensible. Bien… En definitiva, Estados Unidos ha recuperado tres mil millones de dólares, y una vez más debemos agradecer a nuestra agente Baby…

—¿Quieren hacer el favor de ahorrarse retóricas? Vayan al grano. Digan lo que han pensado decirme, con las menos palabras posibles, y terminemos.

—De acuerdo. Entonces, simplemente, gracias, agente Baby.

Brigitte Baby Montfort estaba lívida. Ya ni siquiera recordaba cuántas veces había sido requerida por el Consejo, la mayoría de las veces para enfrentarse a todos ellos, en aquella sala amplia, impresionante, uno de los reductos de la CIA en su sede de Langley.

Todos se dieron cuenta de que, finalmente, la señorita Montfort iba a decir algo, y esperaron expectantes sus palabras. Entonces, antes de dar media vuelta y dirigirse hacia la gran doble puerta, ella dijo, con voz temblorosa:

—Muéranse.

FIN

Notas

[1] Véase la aventura titulada *Agente secreto en órbita*. < <